BOLSILIBROS BRUGUERA

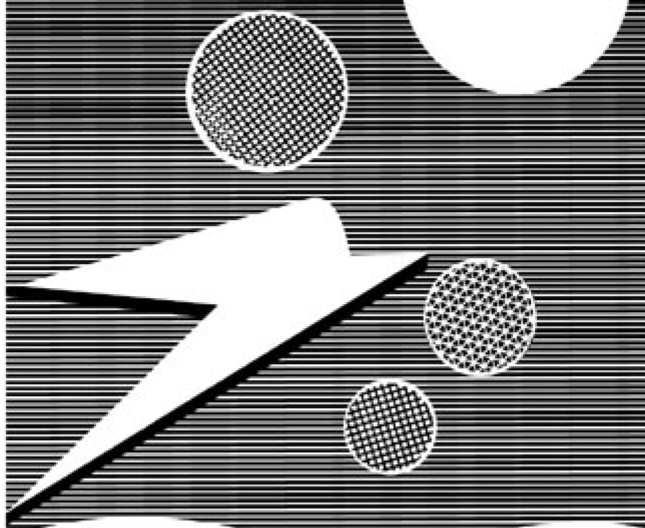
la conquista del ESPACIO

EL PLANETA TENEBROSO

ralph barby

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

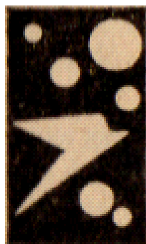
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

108 – Miedo en la galaxia, *Curtis Garland*.
109 – Mercaderes del espacio, *A. Thorkent*.
110 – Viaje al infinito, *Marcus Sidereo*.
111 – No hay planeta como mi planeta, *Curtis Garland*.
112 – Los invasores invadidos, *Glenn Parrish*.

RALPH BARBY

EL PLANETA TENEBROSO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 113
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 35.085 - 1972

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1972

CAPITULO PRIMERO

—¡Capitán Starman, capitán Starman, la señal de alarma espacial!

Todos los tripulantes que se hallaban en el puente de mando de la gran nave de rescate Z 202 Tiburón, volvieron sus rostros hacia el panel de mandos que controlaba el teniente Servenoir.

El gran piloto, como un enorme y maligno ojo, tan gran de como el ojo de una ballena terrestre, se hallaba iluminado en rojo e intermitente.

Había todo un panel dedicado a pilotos rojos y cada uno de ellos se sabía lo que significaba, pero en especial el gran ojo rojo, sólo encendido hasta entonces en ocasiones de alarma figurada para probar la eficiencia de la tripulación.

No en vano, la Z 202 Tiburón era la gran nave de rescate que recorría y vigilaba el espacio que formaban, como gran corredor del sistema planetario solar, el gran astro Júpiter y el pequeño y ya conquistado Marte.

—Sargento Kioto.

—Comandante...

—Páseme de inmediato comunicación interestelar. Prime ro nos pondremos en contacto con Marte, que es el planeta y las bases terrestres que tenemos más cerca.

—Al momento, capitán.

El sargento accionó las clavijas adecuadas en la computa dora general de a bordo.

Instantáneamente, buscó la onda correspondiente para comunicarse con las bases del planeta Marte. Las miradas de los hombres del puente de mando convergieron en la gran pantalla teletrivisora.

Hubo momentos de verdadera tensión, momentos que se prolongaban en exceso. En la pantalla, sólo rayas incoordinadas, cruces.

—Comandante, parece que no es posible la comunicación con Marte —advirtió el sargento de los ojos almendrados.

Desde su butaca de comandante de la nave Z 202 Tiburón, el capitán Hut Starman ordenó:

—Utilice el selector manual.

Las quijadas se apretaron por la tensión mientras el gran ojo maligno seguía vomitando torrentes intermitentes de luz roja, aviso de peligro espacial. «¿Qué estará pasando?», se preguntaban todos mentalmente.

Rayas, algunos ruidos incoherentes, una especie de parásitos del

mundo de las ondas herzianas del espacio.

—Lo siento, capitán Starman, no hay posibilidad de comunicarse con Marte. Debe ocurrirle algo a su emisor. ¿Insisto?

Todos miraron al capitán Starman.

Era atlético, joven, quizá demasiado joven para el cargo que ostentaba, pero su gran pericia, su alto coeficiente de inteligencia, su entrega total a !a labor que se le encomendaba, le habían ayudado a que la ascensión en Ia carrera espacial fuera rápida.

Tenía rasgos duros y también resultaba duro de carácter, quizá demasiado al decir de las mujeres que se enamoraban de él y a las cuales jamás solía tomar en serio.

Un hombre condecorado por el Consejo Mundial del Espació por sus espectaculares rescates, pero un hombre que ahora escrutaba ceñudo la alarma roja, sin poder interpretar lo que ocurría.

—Sargento Kioto, contacto con la base City-Moon.

—Nos encontramos algo desplazados de la Luna, pero trataré de comunicarme rápidamente.

, El sargento no tardó en conseguir su propósito. En pantalla apareció nítido el rostro del coronel Velázquez, jefe superior del astropuerto de la base City-Moon.

—Ahí lo tiene, capitán Starman, es cosa suya —indicó el sargento Kioto.

—Coronel Velázquez, aquí el comandante Starman de la Z 202 Tiburón. ¿Me recepta?

—Perfectamente, capitán. Esperaba su comunicación. Su nave es la que se halla más próxima al planeta Marte.

—Coronel, hemos tratado de establecer contacto con la base City-Moon y el intento ha resultado fallido.

—Es lógico, capitán. La alarma proviene de Marte.

Todos miraban hacia la pantalla, bebiendo las palabras del coronel Velázquez. Estaban ansiosos por conocer lo que ocurría.

—¿Hay peligro inminente en Marte?

—Así es, capitán, manténgase a distancia. La base City Marte está siendo abandonada precipitadamente por cientos de naves interplanetarias. En consecuencia, el emisor ha sido abandonado, ése es el motivo por el cual no ha logrado comunicar con ellos.

—Pero, ¿qué ocurre, coronel?

—No se exaspere, capitán. Lo que deseo es que no cometa una locura que podría costar la vida a toda su tripulación.

—¿La Z-202 también está en peligro?

—Puede estarlo, capitán, todavía ignoramos la magnitud del cataclismo. En Marte acaba de iniciarse una reacción en cadena termo radio nuclear, una reacción en cadena de la cual se ha perdido todo control, y que se ha iniciado en el mar Urano,

—¿Las casi inagotables reservas de uranio?

—Sí, capitán. En breves minutos, Marte estará convirtiéndose en un sol más de nuestro sistema planetario. Todavía no podemos ni elucubrar lo que ocurrirá. La reacción en cadena transformará a Marte en una especie de estrella ígnea, aumentará su tamaño cientos de veces y puede abrasar a la mismísima Tierra si no cambia de dirección, si no rompe su órbita solar.

—¿No hay nadie en Marte tratando de contener esa reacción en cadena, coronel Velázquez?

—No —fue la respuesta tan lacónica como rotunda.

—Lo siento, en ese caso creo que si alguien se salva será puro milagro. El estallido alcanzará a cualquier nave que se encuentre a una distancia de Marte inferior a las diez mil millas. La onda térmica será enorme.

—Capitán, su misión es tratar de salvar a cuantos supervivientes pueda de la masiva huida de Marte. Hay pequeñas naves que por sí mismas no están capacitadas para llegar a la Luna, y menos a la distancia a que actualmente nos encontramos de Marte. No es el momento más propicio. Las naves cargueras que traten de huir lograrán llegar a la Luna o a la Tierra, pero las pequeñas son de un radio de acción muy limitado. Son naves para viajar por la órbita marciana, pero ahora tendrán que lanzarse desesperadamente al espacio abierto intentando escapar al cataclismo nuclear marciano. Si es que hay suerte, haga lo que pueda por ayudar a esas pequeñas naves.

—Correcto, coronel. Borro su imagen, pero mantendré su comunicación hablada. Trataré de ver en pantalla, con la ayuda del teleobjetivo acoplado a la cámara teletrivisiva.

La tensión subió de tono en la nave de rescate. Sus miembros, aun los que estaban fuera de servicio, permanecían atentos y alerta.

La señal de alarma había recorrido hasta la última pulga da de la nave interplanetaria.

El propio capitán Starman, con el mando de control re moto, comenzó a manejar el teleobjetivo una vez la computadora hubo enfocado la cámara.

En pantalla apareció el planeta Marte y a medida que el capitán Starman fue moviendo el mando del teleobjetivo, el planeta se agrandó.

Cuando estuvo enfocado al máximo, casi cubriendo por completo la gran pantalla de doscientas pulgadas, observaron cientos de pequeños puntos luminosos que despegaban de su superficie.

De pronto, Marte estalló. La reacción en cadena había llegado a su cénit.

Marte se tornó blanco y absorbió a los pequeños puntos luminosos.

Todos comprendieron lo que aquello significaba. Las naves que desesperadamente trataban de escapar se desintegraron sin conseguir su objetivo.

La muerte se había adueñado del planeta, aunque no habría sangre en aquellos cientos de miles de muertes. La desintegración sería completa e instantánea.

Ante aquella pantalla saturada del blanco fulgor de un planeta que desaparecía, Hut Starman oprimió el botón de intercomunicación con el resto de la nave y habló frente al micrófono sabiendo que el contacto con la base City Moon estaba abierto y también le oiría el coronel Velázquez,

—Todos preparados. En unos segundos, la onda térmica y expansiva llegará hasta nosotros. La refrigeración de la nave que funcione al máximo hasta nueva orden.

El oficial encargado de la climatización de la Z-202 Tiburón advirtió:

—Podemos quedar congelados, capitán.

—No creo que eso suceda. Colóquense todos los atalajes de seguridad y los que estén francos de servicio, sujétense en sus literas. No debe quedar nadie en pie en cinco segundos.

Continuó dando órdenes para mantener la seguridad de su nave pese a que algo duro y amargo se le había atravesado en la garganta.

Cientos de miles de seres terrestres acababan de desintegrarse en Marte, hombres y mujeres que habían desaparecido sin esperanza.

Los paneles de acero poliesterizado, de gran elasticidad y dureza, habían cubierto todas las ventanas de grueso cristal pese a que éstos eran capaces de resistir la embestida de un meteorito tan grande como la cabeza de un hombre.

De improviso, pese al esfuerzo de sus motores para poder estabilizarse, la nave fue zarandeada, vapuleada como una hoja de roble en un huracán terrestre.

El sistema de refrigeración funcionaba al máximo. Sin embargo, transcurridos los primeros minutos de zarandeo espacial, cuando todos pensaban que la nave iba a partirse, a desintegrarse, comprobaron que las columnas termométricas subían.

—¡La refrigeración a tope! —ordenó el capitán.

Todos los miembros de la nave de rescate transpiraban de tal forma que incluso los purificadores de ambiente se sobre cargaron peligrosamente en su función de reducir el alto tanto por ciento de humedad.

La nave, con la refrigeración a tope, comenzó a semejar un horno.

Aquella situación se prolongó durante treinta largos minutos. Al fin, las columnas termométricas comenzaron a deseen der pasada la gran oleada térmica.

Sin embargo, Marte, convertido en una gran masa ígnea, mezcla de gases y energía, era impulsado por la catastrófica reacción iniciada en el mar de Urano.

Por hallarse dicho mar, en el momento del cataclismo nuclear, encarado con el Sol, el planeta se vio-impulsado en dirección contraria al Astro Rey, iniciando un viaje de desplazamiento rumbo a los grandes, lejanos y gélidos planetas.

—Por lo menos, la Tierra se salvará —observó el capitán Starman empapado de sudor.

—Sí, la Tierra no se abrasará —suspiró el teniente Servenoir—, y tampoco producirá de rebote un cataclismo a! chocar contra el Sol, engrosando su masa incandescente. Quién sabe lo que habría ocurrido de suceder tal cosa.

Hubo múltiples suspiros de alivio en toda la nave al observar que la temperatura descendía.

La refrigeración seguía a tope. La aguja había rebasado totalmente la línea roja y era insuficiente.

En otra ocasión, todos habrían gritado de alivio al comprobar que estaban salvados, mas en aquellos instantes nadie gritó, nadie dijo nada.

Todos conocían la magnitud de la catástrofe sucedida en Marte. Jamás en la historia de los humanos terrestres había ocurrido nada semejante.

—Atención, atención, el peligro inminente ha pasado. Ahora vamos a dirigirnos hacia Marte en busca de algún posible superviviente. Es casi seguro que no habrá quedado ninguna nave sin desintegrar, pero hay que agotar hasta la última posibilidad. La fuga de Marte de la órbita solar es lenta, pero si ha quedado alguna nave la arrastrará tras de sí. Debemos rescatarla.

—Capitán, ¿inicio la búsqueda con el emisor? —preguntó el sargento Kioto.

—Adelante. Hemos de alcanzar a Marte y siempre a prudente distancia, daremos dos vueltas al mismo. Por supuesto, si descubrimos a alguien trataremos de salvarlo.

Con toda la potencia de sus motores, la nave se desplazó hacia el ahora ígneo Marte.

La misión era muy peligrosa y en la base de City Moon permanecían atentos a las noticias que pudieran recibir de la Z 202 Tiburón.

Consiguieron arribar hasta una distancia prudencial de Marte.

—Capitán, nadie responde —observó desesperadamente el sargento Kioto.

—Hay que seguir buscando —insistió Starman con los paneles de protección herméticamente cerrados, pues la proximidad de Marte,

dentro del cual todo seguía desintegrándose, ofrecía peligro.

A través de la cámara exterior, Hut Starman buscaba por el espacio tratando de hallar algún superviviente.

Habían dado ya la primera vuelta alrededor de Marte sin conseguir descubrir ni un solo vestigio de los cientos de naves que trataran de escapar y que habían sido absorbidas por la eclosión nuclear.

—¡Atención toda la nave, atención! ¡Una nave superviviente acaba de aparecer en pantalla! Sargento Kioto, intente la comunicación.

Todos los dispositivos de rescate que poseía la gran nave patrullera del espacio, siempre dispuesta a intervenir en los accidentes y catástrofes espaciales, se pusieron en acción en el hangar de recepción, encarado con la proa a modo de gran boca de tiburón, hangar que había dado nombre a la nave.

- No hay comunicación, capitán Starman. Por más que insisto en la llamada, no obtengo respuesta. Me temo que...

No quiso pronunciar la fatídica palabra de «muerte», una palabra que se hallaba en la mente de todos, pero que nadie quería mascar. Era demasiado amarga.

—Insista —ordenó con dureza el capitán Starman.

Un hombre con treinta y ocho pulsaciones cardíacas de media, totalmente seguro de sí mismo, de su mente y con un gran poder atlético debido a su excepcional corazón, capaz de bombear más sangre por pulsación que cualquier otro corazón humano. No en vano se había estado preparando atléticamente desde la infancia.

—Lo siento, capitán. No hay respuesta, a menos que se les haya estropeado el emisor.

—Equipo de emergencia y rescate, atención. No contaremos con ayuda exterior. Toda la maniobra la realizaremos desde nuestra nave, de modo que hay que ensamblar velocidades. Conecten la computadora y fijen la nave captada en el radar automático que transmitirá las órdenes a la computadora.

Todos aguardaron atentos a ver cómo se resolvía la complicada y difícil maniobra de absorber la pequeña nave de emergencia que había conseguido escapar a la eclosión marciana y cuyo contenido era una incógnita.

La nave captada fue agrandándose en la pantalla.

En el exterior, la temperatura seguía siendo alta, pues fio taba un micropolvo casi ígneo que se mantenía a elevada temperatura debido a la acción directa del Sol sobre él.

La nave rescate, con precisión matemática, se situó tras la pequeña nave utilizada de ordinario en Marte para viajes orbitales, para el rápido traslado de seres de un lado a otro del planeta.

La gran compuerta de boca de tiburón se abrió y la Z 202 se

adelantó para devorar a la, en comparación, diminuta nave.

La nave penetró dentro del hangar donde el equipo de fijación, provistos de trajes de supervivencia espaciales, la aguardaban para sujetarla a los aros fijados en el piso donde la nave quedaría inmovilizada.

El capitán Starman había abandonado el puente de mando y se había colocado un traje de supervivencia enfrentándose con la pequeña nave.

—¡Cierren la compuerta, regulen la presión! —ordenó dirigiendo la operación en propia voz.

Cuando la presión estuvo normalizada, el capitán Hut Starman se quitó el casco de acero y vidrio.

Aún con el traje se enfrentó con la puerta de la cápsula.

En su poder tenía Ia llave maestra que le permitía abrir cualquier nave espacial construida por los hombres de la Tierra, ya que era comandante de rescate.

Tras franquear la puerta, pasó al interior de la pequeña nave.

Dentro de sus respectivos trajes espaciales, descubrió a dos personas.

Ambas estaban sujetas por los atalajes a los sillones de despegue aterrizaje y mando, pero no se movían.

La temperatura era mortalmente alta y, por tanto, la hipertermia podía haber hecho fallecer a los dos fugitivos de la catástrofe marciana.

—Vamos, rápido, hay que sacarlos de aquí.

El propio Starman les quitó los cascos de supervivencia para que respiraran el aire más refrigerado de la gran nave espacial.

Dentro de uno de los trajes descubrió el rostro de mujer más hermoso que jamás viera, sólo que estaba encendido por el intenso calor.

El otro era un hombre ya maduro, casi un anciano, con cabello cano.

—¡Capitán, su corazón apenas late! —exclamó un oficial del equipo refiriéndose al viejo.

—¡Rápido, hay que salvarlos! —fue la orden terminante del comandante de la nave de rescate Z 202 Tiburón.

CAPITULO II

Hut Starman avanzó a través de los túneles de la gran base City Moon, capital de todas las bases lunares extendidas por la superficie selenita.

Junto a ella se hallaba el gigantesco astropuerto, punto de partida para los viajes interplanetarios, ya que el trayecto entre la Tierra y la Luna se consideraba poco más que un simple paseo aunque los pioneros Armstrong, Aldrin y Collins, con su nave y trajes rudimentarios, hubiesen constituido la gran hazaña del siglo XX.

Mientras avanzaba por el corredor, al final del cual se abría la puerta del presidente de todas las bases lunares, mostró las identificaciones automáticas de su personalidad, incluido si estaba citado o no.

La puerta se franqueó ante su presencia.

No había vigilantes, pero resultaba imposible penetrar en el despacho de la presidencia si no estaba programada la visita.

Las alarmas automáticas y sistemas de prevención detendrían a quien quisiera entrar aun antes de que hubiese arribado a la puerta.

El amplio despacho resultaba muy confortable.

Tenía cuatro pantallas gigantes y de recepción. Una de ellas, con el sistema tridimensional y a todo color como sus hermanas, pasaba en todo instante recorridos por los bosques, montañas, océanos y viajes subacuáticos del planeta Tierra.

En ella podía verse el gran jardín paraíso en que los hombres habían convertido la Tierra tras décadas de monumentales planes ecológicos y protección a la Naturaleza.

No había barcos, naves aéreas ni espaciales, ni siquiera factorías que pudieran contaminar el aire, la tierra o los océanos.

El hombre había estado a punto de ahogarse en su propia suciedad durante el siglo XX, pero la reacción mundial, aun sacrificando gigantescos intereses, había conseguido transformar un gran vertedero en un planeta jardín que todos los que se hallaban lejos de él añoraban.

Ya formaban legión los que jamás habían visto por sí mismos la Tierra por haber nacido en la Luna, Marte o Venus, dentro de las ciudades bases, pero el visionar aquellos reportajes permanentes, secundados por la música de los clásicos de los siglos XIX y XX, resultaba grato y tranquilizante.

Dentro del gran despacho, Hut Starman halló a un grupo de personajes.

Entre ellos destacaba el presidente de la base City Moon, también

el coronel Velázquez, jefe de seguridad, y otros oficiales superiores así como grandes técnicos del mundo de la energética.

Ante los ojos del capitán Starman, quien más destacó, debido a que acababan de apartarse dos altos oficiales uniformados que la ocultaban, era la doctora Violet Give.

A su lado estaba el profesor Donianov, maduro y con cabello blanco.

Las miradas de la joven y bellísima doctora Violet Give y el capitán Starman se cruzaron.

Hut conocía ya muy bien aquel rostro de ojos grandes y verdes, algo orientalizados, de labios ligeramente sensuales, atractivos, incitantes.

El cabello era espeso, negro, largo, con un grueso fleco ocultando la gran frente que denotaba una inteligencia nada común.

Violet, que vestía casaca y pantalones ajustadísimos, como una segunda piel, en una combinación de violeta y plata, también captó la virilidad de Starman, su cabello cobrizo, su mandíbula agresiva, sus ojos profundos y penetrantes, la amplitud de hombros, el peso proporcionado y la elevada estatura.

Starman calzaba las ajustadas botas de reglamento y era de los hombres que donde quiera que estuviese pisaban fuer te. Su presencia era inmediatamente advertida por cuantos le rodeaban.

Al primer vistazo, cualquiera podía comprender que además de inteligente era un hombre de acción.

—Adelante, capitán Starman. Aquí tiene a sus rescatados.

—Le debemos la vida, capitán Starman —dijo el profesor Donianov con su marcado acento ruso, que era su lengua materna.

—Es agradable y triste a la vez saberse con vida cuando los demás...

El coronel Velázquez atajó la observación de la mujer objetando:

—El que hubieran muerto ustedes dos junto con el resto de los que se hallaban en Marte, no habría solucionado nada. No pueden sentirse culpables en absoluto. También estuvieron a punto de sucumbir. Ha sido una gran catástrofe, pero debemos de seguir pensando en los que quedan y para eso estamos reunidos aquí.

Una de las grandes pantallas se iluminó al pulsar un botón el coronel Velázquez.

En ella aparecieron unos gráficos; cuantos se hallaban en la reunión estaban capacitados para comprenderlos.

—¿Es nuestra reserva energética? —preguntó el capitán Starman.

—Así es. En la Tierra están agotadas todas las reservas de uranio para ser utilizado y enriquecido. En Venus no hay uranio, sólo en la Luna existen yacimientos. Los grandes ya cimientos que hasta ahora han permitido el revolucionario avance de nuestra civilización

estaban en Marte. El mar de Urano nos garantizaba la reserva de energía nuclear, no in definidamente, porque el término siempre no existe, en cuanto a reservas de ninguna clase, pero si casi. Sin embargo, Marte se ha desintegrado y desaparece de nuestro sistema solar, lo hemos perdido.

—Si la factoría se hubiera instalado en otro lugar, no habría ocurrido esa reacción en cadena. Situar todas esas factorías de enriquecimiento acelerado, fabricación de isótopos y el laboratorio de experimentación nuclear a orillas del mar de Urano, lo dije en su día y lo repito ahora, fue un craso error que ha costado muy caro.

—Profesor Donianov —habló el presidente de las bases lunares—, nadie le acusa a usted de lo ocurrido. En su día, la decisión de la ubicación de las distintas factorías fue tomada por el Consejo Mundial teniendo en cuenta los datos facilitados por las computadoras.

—Las computadoras dijeron la verdad que todos esperaban —puntualizó enérgicamente el profesor Donianov, un hombre de carácter difícil y que no parecía que fuera a dejarse vencer—, A la computadora se le pidieron datos para conocer el coste de ubicación de las factorías, coste en material y en servicios humanos. Naturalmente, la computadora dio una respuesta que me atrevería a calificar de infantil. «Es más barato construir junto al mar de Urano». No habiendo problemas de transporte, todo se abarata. Esa fue la respuesta pedida a la computadora y la que se obtuvo.

—Profesor Donianov, insistimos en que nadie le acusa. La decisión de que usted habla fue tomada hace ya muchos años y varios de los miembros que por aquel entonces formaban parte del Consejo Mundial han muerto o ya están en su retiro terrestre disfrutando del gran jardín que es nuestro planeta originario. Debemos de pensar ahora en algo muy im portante. El futuro, con el déficit de material radiactivo para mantener nuestras excepcionales demandas de energía atómica, nos agobia más que nos preocupa.

Violet Give intervino.

—El profesor piensa, como yo, que la reacción en cadena se inició en una avanzadísima experimentación que estábamos realizando en el laboratorio de investigación atómica.

—¿Ese es el motivo por el cual desearía estar muerta, doctora Give? —preguntó el capitán Starman.

La doctora bajó su mirada. Era un mudo asentimiento a las palabras del capitán que la rescatara de la muerte.

—Caballeros, profesora Give, observen el plano. Nuestras reservas energético-nucleares son deficitarias. Aun reduciendo el consumo en nuestras bases de Venus, la Luna y todo el material atómico necesario para la existencia y conservación de la Tierra, lugar de crecimiento para nuestros hijos, centro de vacaciones y paraíso al que todos

iremos a buscar el anhelado reposo de nuestra vejez, no podremos subsistir más de quince años. Los yacimientos selenitas están prácticamente agotados. Incapaces de poder continuar en nuestras bases extraterrestres sin la energía que precisamos para la supervivencia fuera de nuestro habitual natural, deberemos iniciar un regreso masivo y total a la Tierra. Será el gran retorno a la vida primitiva, una vida casi medieval. La Tierra no está -preparada para absorber a los miles de millones de seres que somos ahora sin energía que ofrecer. Las centrales hidroeléctricas del siglo XX fueron aniquiladas como tales y convertí das en lagos. El petróleo llegó a consumirse en el prehistórico automóvil de motor a gasolina y el carbón es empleado actualmente por el sistema de supercracking para el abastecí miento de materias plásticas en toda su extensa gama.

—Estamos frente a la problemática de la supervivencia del hombre terrestre como ente civilizado. La falta de energía será nuestra destrucción como seres inteligentes —objetó el profesor Donianov.

—Sólo soy un comandante de naves espaciales. He sido piloto de pruebas y ahora comando de rescate, por eso quizá les parezca ingenua mi pregunta, pero, ¿no existen más yacimientos de uranio en ningún otro planeta desconocido?

Nadie hizo la menor ironía al respecto.

El profesor Donianov aclaró:

—Hace algún tiempo se lanzaron al espacio quinientas naves sondas no tripuladas, todas ellas de idénticas características. Se montó en Marte un macro radiotelescopio para seguir sus trayectorias, instalación que ha desaparecido junto con todo el planeta y los que allí estaban excepto la doctora Give y yo. —Hizo una pausa, un suspiro que a todos les pareció largo—. Sólo una de las naves sondas respondió. Era la S 243. Envió el mensaje de que había encontrado un planeta con uranio, ignoramos en qué cantidad, un planeta totalmente desconocido para nosotros. La nave S 243 señaló su posición en el espacio, y pertenece al sistema estelar de una estrella X, una estrella que sólo puede verse a través de los rayos X a distancias interestelares. Si se está cerca, puede captarse además por infrarrojos.

—Creo que el mejor modo de conocer esos datos es viajando hasta ese planeta ignorado hasta ahora —puntualizó el capitán Starman tajante.

El coronel Velázquez, que conocía bien los datos del pía neta descubierto y todavía no nominado, puntualizó:

—Según los cálculos y con la nave más avanzada que ha podido construir nuestra civilización, se tardará algo más de tres años y medio en llegar al citado planeta. Luego, otros tres años y medio para el regreso. En el caso de ser factible Ia empresa, se prepararán mientras grandes naves cargueras que tardarían sobre cuatro años en

llegar a ese planeta y otros cuatro en regresar con considerables cantidades de uranio puro, pero sin enriquecer.

—Tres y medio y tres y medio son siete, caballeros, y cuatro y cuatro, ocho —puntualizó el profesor Donianov—. La suma es sencilla: quince años, el tiempo que queda a nuestra humanidad de reserva energética, aun haciendo duras restricciones.

El presidente de las bases lunares concretó:

—Y eso, suponiendo que las reservas uraníferas fueran considerables y que el planeta objetivo permita la extracción. Ignoramos las temperaturas que puede tener en su superficie y otros detalles que lo convierten en un planeta totalmente incógnito para nosotros. Esa posibilidad es, más que arriesgada, temeraria.

—Es la única que nos queda —puntualizó el coronel Velázquez—. El Consejo Mundial estará ahora reunido en Brasilia para deliberar este punto. Esperamos su comunicación de un instante a otro y nosotros debemos facilitarles todos los datos que poseemos.

Starman adelantó un par de pasos hasta colocarse junto a Violet Give. Esta, pese a ser una mujer alta, notó la elevada estatura del capitán Hut Starman.

—Quizá no esté al corriente de estos proyectos, pero ignoro que poseamos una nave lo suficientemente veloz como se está tratando de decir en esta reunión.

El coronel Velázquez explicó:

—El centro de ingeniería espacial ha construido una nave piloto. No se ha probado todavía y no se conocen sus resultados prácticos, aunque sí los teóricos resultados impresionantes. Lo más avanzado y rápido construido hasta ahora, sólo que tiene seis plazas humanas y una carga reducida de mate rial aditivo para los exploradores. Esta nave ha sido diseñada para la conquista de los más lejanos planetas de nuestro sistema estelar, seis plazas con todo el equipo incluido de hibernación artificial, pero es una nave que por falta de pruebas no ofrece garantías de éxito, y menos pensando que está diseñada para nuestro sistema solar y aquí estamos hablando de escapar al poder del Sol y penetrar en otro sistema estelar. Desconocemos lo que sucederá al cruzar la franja gravitatoria que separa y equilibra la posición en el espacio de dos grandes estrellas. Ignoramos qué fuerzas espaciales se hallarán en estos puntos conflictivos. Lo que estamos proponiendo, caballeros, es una misión arriesgada donde, probablemente, los que vayan hallarán la muerte.

El capitán Starman alzó su voz firme, Segura, sin vacilaciones.

—Si puedo serles útil, me ofrezco como voluntario para pilotar esa nave. Sólo les pido un par de semanas para comprobarla y habituarme a su pilotaje. Como diríamos los pilotos de pruebas, cogerle el tacto.

Todos observaron admirados al comandante de rescate. El

presidente habló a continuación.

—Es muy elogiable su postura, capitán Starman. La ver dad es que usted arriesga su vida, pero si no se consigue ese uranio o la posibilidad de extraerlo, nuestra civilización corre en su mayor parte el peligro de perecer y el resto retrocederá en el tiempo. Se tendrá que volver a la era del carbón y, aun, éste será escaso y terminará agotándose. Se tendrá que destruir el jardín que ahora es la Tierra, para poder sobrevivir, es decir, los árboles serán talados para emplearlos como combustible, para construir muebles, etcétera. El material atómico es imprescindible y esa nave será nuestra última esperanza.

—Capitán Starman —prosiguió el coronel Velázquez—, expondremos su ofrecimiento al Consejo Mundial. Nuestros esfuerzos irán encaminados a fabricar gigantescas naves de carga para arribar al citado planeta y la maquinaria precisa para la extracción del uranio.

—Es obvio que yo seré otro de los pasajeros de la nave. Una vez en ese condenado planeta, en el supuesto de llegar con vida, habrá que hacer mucha investigación sobre sus posibilidades uraníferas y para preparar la arribada de las siguientes naves —dijo el profesor Donianov.

Antes de que pudiera aceptarse la proposición del anciano científico, la doctora Give dijo:

—Yo soy imprescindible también en este viaje de exploración. Soy la única ayudante capaz de entender y colaborar rápidamente con el profesor Donianov.

En aquellos instantes se produjo la comunicación que esperaban con Brasilia, donde se hallaba reunido el Consejo Mundial ante la gravedad de los hechos.

La pantalla gigante se iluminó, apareciendo la larga mesa alrededor de la cual estaba sentado el Comité.

Tras tomar sus acuerdos, el presidente, un venerable anciano, se levantó con solemnidad.

El momento que estaban viviendo era el más trascendental para la humanidad nacida y desarrollada en el planeta Tierra.

*

El mayor Smash terminó de colocarse el traje de supervivencia espacial para unirse al grupo de expedicionarios.

Los reporteros de la teletrivisión estaban filmando su partida.

No se había podido ocultar al mundo entero, incluyendo a los que se hallaban en Venus, que las reservas uraníferas se agotaban y que, desaparecido Marte, la esperanza de supervivencia se centraba en aquella nave que se erguía majestuosa en el astropuerto lunar.

Jamás se habían preparado unos motores atómicos con tanta potencia para una nave.

Con todo su poder de rescate, los motores atómicos de la Z 202 Tiburón, con una dotación de doscientos hombres, eran inferiores a los motores de aquella nave experimental para tan sólo seis hombres y una carga máxima de diez toneladas de material adicional, que había sido bautizada con el nombre de Spy of Space.

En el vehículo descubierto ya se hallaban acomodados el capitán Starman, el sargento Servenoir y el sargento Kioto.

Tras ellos, el profesor Donianov que a duras penas había logrado salvar los exámenes médicos imprescindibles para que se le concediese la licencia de formar parte de la tripulación.

—Les saludo, compañeros. Creo que vamos a conocernos muy bien, el viaje será largo.

El capitán Starman, que había escuchado las palabras de salutación del mayor Smash a través de los auriculares insertos en el interior de su casco de supervivencia, le miró.

Hut Starman no simpatizaba con Smash.

Le había visto actuar en Venus con motivo de una represión contra una penitenciaría de insurrectos y no le había agradado.

El mayor Smash, que formaba parte de la expedición por designación y en representación del ejército terrestre, era un hombre despótico, engañosamente amable, cínico en ocasiones y altamente egocéntrico.

Había tratado ya de acaparar la atención de los periodistas para que su rostro y su nombre aparecieran en los reportajes más que todos sus compañeros de misión juntos.

—Falta la doctora Give —observó Starman consultando las manecillas de su reloj que marcaban en aquellos instantes la hora de concentración.

El traje de supervivencia color violeta, como el nombre de quien lo vestía, apareció por la boca del túnel.

Todos la miraron y cuando hubo ocupado su asiento, la joven dijo sonriente:

—Creo que no debo pedirles disculpas por mi retraso. En estos momentos marca la hora convenida.

—Pasan veinte segundos, doctora Give —advirtió Starman sin amabilidad.

—Creo que vamos a tener un piloto muy duro en esta expedición, doctora Give —observó el mayor Smash, irónico.

—Sí, me temo que sí —aceptó ella.

—Mayor Smash, no soy el piloto de la Spy of Space, sino el comandante de la nave. Por el bien de todos espero que no lo olvide.

—El comandante de Ia expedición es el profesor Donianov, si no le

molesta —replicó agrio el mayor Smash—, y yo soy la autoridad militar representativa de nuestra civilización si el caso lo requiere, tal como se especifica en las ordenan zas del código militar y civil.

—Adelante, la nave nos espera —ordenó el capitán Starman, dejándole con la palabra en la boca.

El vehículo abandonó los túneles para salir a la superficie del astropuerto.

Allí estaba la monumental Spy of Space.

Diecinueve de las veinte partes que constituían la gran nave estaban destinadas a los poderosísimos motores que, a la fantástica velocidad de cien mil millas segundo, habrían de sacarles del sistema solar, pasar junto a Alfa Centauro e in traducirse en el sistema solar de X Star 88, en cuyo sistema planetario se hallaba el astro objeto de su misión.

Cuanto se estaba realizando lo veían en directo todos los terrestres radicados en la mismísima Tierra, Venus, la Luna e incluso los que se hallaban en el espacio viajando en sus naves.

El vehículo que les transportaba se elevó lenta y majestuosamente hasta la puerta de la cabina que, abatida, formaba una pasarela horizontal sobre la cual descendieron los expedicionarios.

El conductor del vehículo lunar les deseó:

—Suerte. De ustedes depende la supervivencia de nuestros hijos.

—Gracias. Esperemos que la suerte que nos desea se haga realidad —respondió Violet Give desde su casco.

Pasaron al interior de la nave.

En la primera cámara, aguardaron a que se cerrara la compuerta y se presurizara la entrada o vestíbulo.

Cuando la luz verde se encendió, se abrió automáticamente la puerta que daba acceso al puente de mando.

El hábitat se hallaba en el piso inmediatamente inferior y luego estaba el piso de la computadora.

Por una escotilla se pasaba a los motores con una previa cabina de nivelación presurizadora, ya que los motores se hallaban sin presión atmosférica alguna.

Toda la presión artificial se destinaba a los pisos donde los expedicionarios debían desenvolverse con normalidad.

—¿Podemos quitarnos ya estos pesados trajes de supervivencia? —preguntó el profesor Donianov, el mayor experto en uranio jamás conocido.

—Sí, ya pueden quitarse los trajes y colgarlos de los casilleros correspondientes —repuso el capitán Starman—. Como ya se habrán dado cuenta, esta nave no es muy amplia. Su espacio vital, en el que debemos supervivir y desenvolvernos, es pequeño.

Todos sabían muy bien cuáles eran sus puestos.

La nave sólo se hallaba pilotada por tres hombres: el capitán Starman, el teniente Servenoir y el sargento Kioto.

Los otros tres eran pasajeros de la expedición a lo desconocido.

Aquella misión era tan arriesgada y temeraria como cuan do con sus frágiles naves Cristóbal Colón había cruzado el Atlántico en busca de las Indias o como cuando Armstrong, Aldrin y Collins habían emprendido la conquista de la Luna con el rudimentario proyecto Apolo. Nadie sabía lo que sucedería al escapar del sistema solar.

El conteo se había iniciado desde hacía veinticuatro horas, pero sólo se había hecho público una hora antes del despegue.

Ya sólo faltaban dos minutos cuando los atalajes sujeta ron a los expedicionarios.

En el altavoz de recepción de la nave se escucharon los últimos segundos del conteo. Todos permanecían atentos, con la mirada fija en la pantalla de cien pulgadas. En ella podía verse claramente la propia Spy of Space, tomada desde las cámaras situadas en el astropuerto lunar.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero... ¡Fuego!

El índice del capitán Starman pulsó con seguridad el botón rojo de despegue.

La nave se autopropulsó hacia las estrellas, despegando del suelo selenita con una gran potencia atómica.

El gran peso de la nave costó de ser elevado pese a la escasa gravedad de la Luna, un sexto de la Tierra.

Mas, la Spy of Space triunfó en su primer cometido sin haber sido experimentada con anterioridad.

—Pueden quitarse los atalajes de seguridad —indicó Starman—. La gravedad artificial ha sido compensada.

Todos se sintieron satisfechos de poder librarse de los atalajes de sujeción.

El sargento Kioto preparó la comunicación con la base lunar y en pantalla apareció el coronel Velázquez.

—Capitán, le paso la conexión.

—Atención, atención coronel Velázquez, aquí el capitán Starman.

—Escucho y su imagen se recepta perfectamente, capitán. Les saludamos a todos y nos congratulamos que el despegue haya sido un éxito. Esos motores no habían sido proba dos con anterioridad.

—En breves minutos despegaremos de la órbita lunar para iniciar el viaje hacia el planeta del sistema X Star 88.

—La computadora de a bordo tiene todas las coordenadas espaciales que nos facilitó Ia nave sonda S 243.

—Cuando hayamos conseguido la máxima velocidad de cien mil millas segundo en el espacio abierto, sin limitaciones gravitatorias y si no se desintegran los motores, nos someteremos a hibernación.

—Correcto. Cortamos contacto hasta minutos antes de la hibernación, que será la despedida.

—Deséenos suerte, nos hará falta.

—Quisiera hablar un poco con el coronel Velázquez sobre determinados aspectos de la autoridad en esta expedición —dijo hosco el mayor Smash.

—Lo siento, la comunicación ya ha sido cortada — manifestó el sargento Kioto.

Violet Give se encaró con Starman para preguntarle:

—¿Cree que puede sucederle algo a la nave cuando la sometamos al máximo de propulsión atómica?

—Eso sólo podremos averiguarlo cuando lo estemos vi viendo. Lo mismo que en la prehistoria de la aviación, el primer piloto que rebasó la barrera del sonido, sólo pudo conocer el resultado cuando sometió su aparato a la gran prueba. La práctica, a veces, da grandes sorpresas a la teórica.

Sin hacerse necesarios los atalajes de seguridad, ya que no tenían gravedad que vencer, el capitán Starman puso en marcha los gigantescos motores atómicos, alejándose de la órbita lunar.

Su mano, firme, fue acelerando sin pausas la velocidad de la nave.

En pantalla apareció el velocímetro espacial. Su aguja fue pasando de izquierda a derecha, lenta pero segura como la mano del hombre.

Primero fue un zumbido. Luego, el zumbido se transformó en vibración y la vibración, en temblor de la nave.

Todos miraron a su alrededor, preocupados. En la gran nave, todo temblaba, hasta las acolchadas butacas extensibles.

—Capitán, ¿está seguro de que no vamos a desintegrar nos? — gritó el mayor Smash.

—Ya he dicho antes que sólo sabremos lo que va a ocurrir cuando haya pasado.

—Este viaje parece que no va a resultar aburrido —opinó el delgado teniente Servenoir.

—Si fracasamos nosotros, fracasará toda nuestra civilización — puntualizó el profesor Donianov.

Ante aquella velocidad, jamás alcanzada por nave alguna terrestre, saltaron algunos cajones, se produjeron cortocircuitos con grandes chisporroteos y el aumento de los temblores fue más que ostensible.

Pese a la gravedad artificial, resultaba casi imposible que un hombre pudiera mantenerse en pie sin caerse, sin ser sacudido de una parte a otra, estrellándose contra los paneles cuando algunos fusibles saltaban espectacularmente.

—¡Capitán Starman, no continúe o nos va a matar a todos! — chilló el mayor Smash.

Hut Starman no respondió siquiera.

Siguió con su acerada mirada fija en el velocímetro de la pantalla.

La aguja había entrado en zona roja, pero aún faltaba un tercio para llegar al tope de las posibilidades indicativas del velocímetro.

Al comprobar que no se le hacía el menor caso, el mayor Smash abandonó su butaca. Tambaleándose de un lado a otro, consiguió llegar junto a Starman.

—¡Detenga la nave o nos matará a todos! ¿Es que no se da cuenta de que la nave se está haciendo pedazos?

—No puedo detenerla. Si frenamos ahora, jamás alcanza remos el impulso necesario para obtener la velocidad imprescindible. El viaje a nuestro objetivo podría demorarse años. Io que equivaldría al fracaso total de nuestra misión. Regrese a su puesto y no moleste más, mayor.

La diestra del capitán Starman continuó moviendo el acelerador de menos a más. La aguja fue internándose en -la zona roja.

La Spy of Space, a causa de la gran dinámica de sus motores, siguió amenazando con la desintegración.

—Por última vez, capitán Starman, reduzca la velocidad. Si no tardamos tres años y medio, tardaremos diez; lo que importa es llegar vivos.

—¿Me está amenazando en serio, mayor Smash? —preguntó, clavando su mirada en el militar, mientras seguía im pulsando el acelerador hacia delante, de forma lenta pero implacable.

—Si no reduce Ia velocidad hasta estabilizar la nave, le perforaré el cráneo con e. láser, capitán Starman. Es la última vez que se Io digo.

El aspecto descompuesto del mayor Smash le hizo comprender que sí dispararía contra él si no le obedecía.

Por ello, sin vacilar pero con brusquedad y violencia esta vez, empujó el acelerador hasta el tope del máximo.

El acelerón de los motores fue tan brusco que el mayor Smash, al no hallarse sentado en la anatómica butaca como el resto de los miembros de la expedición, salió despedido.

Rodó por el piso de la nave y estuvo a punto de desaparecer por el hueco de la escalerilla que conducía al hábitat ubicado en el piso inferior.

Violet Give se agarró con fuerza a los brazos de su butaca.

El profesor Donianov cerró los ojos, creyendo llegado su fin.

La nave brincó violentamente en el espacio. La aguja del velocímetro se pegó al tope en medio de un zumbido ensordecedor que provenía de los motores y que se transmitía por el fuselaje metálico.

De pronto, el capitán Starman retiró la palanca azul deteniendo los motores atómicos y dejándolos inactivos.

La aguja del velocímetro que.se reflejaba en pantalla si guió

pegada al tope; la nave ya no vibraba.

Hut Starman suspiró y el sargento Kioto lanzó un grito de alegría.

—¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! Enhorabuena, capitán. Viajamos a más de cien mil millas por según do, una velocidad jamás alcanzada por el hombre antes de ahora.

—Hemos conseguido el impulso suficiente para alcanzar la velocidad deseada que ahora, sin frenos de ninguna clase, mantendremos durante años.

El mayor Smash, que se había puesto en pie, recuperada la estabilidad, apareció amarillo de color.

Mirando al capitán Starman, le reprochó:

—Podía habernos matado a todos. Es usted suicidamente temerario y no puede olvidar que no es el único ser que viaja en esta nave ni lo que significa esta misión.

—Mayor Smash, espero que no repita lo que ha hecho. Todos trataremos de olvidarlo —le replicó Starman—. Soy el comandante dentro de esta nave y me vería en la obligación de tomar medidas drásticas que le resultarían muy desagradables.

—¿Me está amenazando, capitán Starman? —inquirió casi fuera de sí, viendo que todos le observaban reprobadores.

—Mayor Smash, si sabía que iba a tener miedo no debió aceptar formar parte de esta expedición. Ahora, le ruego que no interrumpa más mi labor, que guarde su láser, porque voy a conectar nuevamente con la base City Moon.

El coronel Velázquez apareció en pantalla, felicitándoles calurosamente.

—Nuestro observatorio acaba de comunicarnos que han logrado la velocidad prevista, capitán Starman. Reciban nuestra más sincera enhorabuena.

—Gracias, coronel. Ya hemos detenido los motores y seguimos con el impulso hacia nuestro objetivo. La computa dora se encargará de soslayar meteoros y planetas que se interpongan en nuestra ruta, rectificando el rumbo con posterioridad. Nosotros iniciaremos ahora la hibernación artificial.

—Suerte. Toda la humanidad terrestre confía y está con ustedes.

—Gracias, coronel. Esperamos despertar algún día de tan largo sueño ante nuestras nuevas reservas energéticas.

Descendieron al hábitat.

Allí estaban las seis literas que se cerraban con placas de plástico transparente.

Hut Starman les miró a todos, especialmente a Violet Give, y dijo:

—Espero que de este sueño no pasemos directamente a la eternidad. Cada uno de nosotros ha sido preparado para saber lo que debe de hacer en el caso de ser el primero en despertar. Sólo queda

desearnos suerte mutuamente. Como ha dicho el coronel Velázquez, la humanidad confía en nosotros.

La mujer respondió:

—No debemos dudar del éxito, Dios está con nosotros.

El profesor Donianov, algo sarcástico, agregó:

—Y el temerario capitán Starman también. Espero, capitán, que no nos salvara la vida cuando la desintegración de Marte para enviarnos ahora al infierno.

—Si usted va al infierno, profesor, no dude que los demás estaremos junto a usted.

—Pues será un alivio estar acompañado cuando tenga que enfrentarme a las barbas de Satanás.

Todos ocuparon sus respectivas literas. Las compuertas transparentes se cerraron y se inició el proceso de hibernación artificial.

La temperatura descendió gradualmente, al tiempo que las pulsaciones cardíacas disminuían. El cerebro, con la escasez de sangre oxigenada, entró en las sombras de un profundo sueño letárgico que debería durar años, tiempo que en el espació perdía su sentido.

Mientras, la Spy of Space 0001, a más de cien mil millas segundo, apuntaba con su proa al lejano, desconocido y misterioso planeta del sistema estelar X Star 88 que se había con vertido en su objetivo.

CAPITULO III

El capitán Hut Starman abrió los ojos despacio.

Una suave y calculada penumbra llenaba por completo el hábitat de la Spy of Space 0001, una penumbra que no lastimaba sus pupilas.

Sintió una flojedad general.

Era como si todos sus miembros estuvieran algodonados, pero nada le dolía y ni siquiera se había despertado con pesadillas.

Todo iba bien y si la computadora había dado término a su hibernación artificial, es que habían llegado a alguna parte.

Despacio, trabajosamente, levantó la tapa de plástico transparente, saliendo de su litera.

Dentro de la nave, la gravitación artificial también se había restablecido automáticamente.

Miró a su alrededor.

Las cinco literas restantes, cápsulas de hibernación artificial si se precisaba, seguían con sus cinco ocupantes respectivos. El había sido el primero en despertar.

Le atrajo Violet Give.

La bella profesora seguía quieta, como muerta. Su rostro se hallaba muy pálido. Hut se le acercó hasta tocar el plástico.

—Es bella —musitó en tono bajo pero audible, aunque nadie podía escucharle.

No era fácil que alguien pudiera captar una emoción de aquel tipo en el equilibrado y frío capitán Starman, el conquistador del espacio, como le habían llamado en diversas ocasiones los muchachos del mundo del reportaje.

Violet Give abrió los párpados y sus grandes ojos de corte orientalizado quedaron al descubierto.

Sus pupilas verdosas, casi felinas, miraron al capitán Starman, que se hallaba al otro lado del plástico de protección.

Se observaron mutua y fijamente, sin decir nada.

Hut Starman comprobó que la luz piloto de la cabina-litera de Violet Give, al igual que las del resto de expedicionarios, seguía roja.

Los censores de control médico-físico no consideraban a la doctora todavía capaz para abandonar su litera. Sólo Ia gran fortaleza física del capitán Starman le había permitido ser el primero en recuperarse de la prolongada hibernación.

Los demás irían despertando de su letargo más paulatinamente.

Instintivamente, y sin tratar de dominarse, como si se hubiera sentido a solas en una habitación con la mujer, Starman le lanzó un beso con la punta de sus dedos.

Después, se apartó de la cabina, dirigiéndose a la escalera para subir al puente de mando.

Se sentía algo torpe al caminar. En el puente de mando, la luz era mucho más intensa y hubo de constreñir sus pupilas para que sus retinas no resultaran heridas.

Su mirada se dirigió en primer lugar al panel de alarma.

Todas las luces piloto rojas se hallaban apagadas, no había ninguna alarma, ninguna avería. Era como si sólo hubieran bajado al hábitat a descansar un rato y luego regresaran.

Sin embargo, la memoria de la computadora había asimilado totalmente el viaje realizado.

Se acomodó en su butaca de comandante de la nave y pulsó una combinación en el teclado que tenía ante sí.

La gran pantalla se iluminó.

Había hecho una pregunta y Ia computadora, ubicada en el piso inferior al hábitat, estaba respondiendo a través de la gran pantalla de cien pulgadas.

—Treinta mil doscientas cuarenta horas —leyó en voz alta Hut Starman.

Le fue fácil calcular que aquel número de horas equivalía, aproximadamente, a tres años y medio de viaje interestelar que era lo previsto teóricamente.

Permaneció pensativo unos instantes, como preguntándose si Ia dirección habría sido equivocada.

Nada parecía albergar error, pero tres años y medio viajando en un rumbo desconocido podía significar hallarse perdidos en el espacio.

—Saludos, capitán Starman. ¿Estamos en el infierno, en el cielo o donde debemos estar? —preguntó apareciendo el teniente Servenoir.

—Creo que debemos estar en el lugar adecuado. Compruebe velocidad y rumbo, teniente.

—¿El tiempo de hibernación ha sido correcto?

—Véalo en Ia pantalla, la computadora acaba de dármelo. Debemos estar muy descansados, pues hemos dormido tres años y medio según estaba previsto.

—Ello equivale a decir que somos tres años y medio más jóvenes que los que dejamos en la Luna, la Tierra o Venus.

Los dos hombres se volvieron para observar a la doctora Give.

Esta cruzó una intensa mirada con Starman. Era como una demostración de que no había olvidado lo ocurrido cuan do despertaba.

Lo primero que había visto tras su largo sueño, como si de una princesa medieval se tratara, era el rostro de un hombre fuerte y viril, un rostro que le había enviado un suave y candoroso beso.

Tras Violet aparecieron el mayor Smash, con semblante escéptico por lo que sucedía, y el profesor Donianov.

El aspecto de este último denotaba un fuerte agotamiento. Su edad física acusaba el gran esfuerzo a que fuera sometido con la larguísima hibernación.

—Abra los paneles, capitán Starman. Veremos dónde estamos —exigió más que pidió el mayor Smash.

—Todo a su tiempo. Primero hay que recibir los datos del exterior. Cada cual a su puesto. Profesor Donianov, doctora Give, pueden poner en marcha sus teledetectores uraníferos y la telespectrografía.

El mayor Smash lanzó un gruñido, mirando la gran ventana panorámica de cristal ultrarresistente. Protegida en su parte exterior por las compuertas de acero para preservarla de los meteoritos.

—Estamos en la órbita de un planeta desconocido —anunció el teniente Servenoir.

—¿Velocidad?

—Treinta mil millas hora.

—Entonces es que, automáticamente, los motores han comenzado a funcionar al entrar en la órbita' del desconocido astro bajo cuya influencia gravitatoria nos hallamos. La corrección de velocidad realizada por la computadora parece perfecta.

—Las características físicas del planeta son casi iguales a las de la Tierra —anunció el sargento Kioto.

—Profesor Donianov, busque los datos químicos por telespectrometría —ordenó Starman.

El sargento Kioto puntualizó;

—No se recepta mensaje alguno. No hay comunicación susceptible de ser captada por nuestros receptores. La zona está libre de ondas herzianas.

Tras los cálculos pasados directamente al profesor por la computadora, éste anunció:

—Los datos químicos y fisicoquímicos indican que existe en sus tres estados. Hay oxígeno y nitrógeno en su atmósfera y en la superficie puede apreciarse agua y tierras con los distintos elementos. Francamente, parece que esté recitando las propiedades físicas y químicas de la Tierra.

—La presión atmosférica en la superficie del planeta va ría, pero es de setecientos sesenta y cinco milímetros, promediada —señaló el sargento Kioto.

—Parece que nos hemos topado con un planeta óptimo para la vida humano terrestre, salvo que en nuestro largo viaje de tres años y medio no hayamos descrito un gran círculo en el espacio regresando al punto de partida.

—Eso lo averiguaremos pronto si abre los protectores de la

ventana —refunfuñó el mayor Smash.

—En seguida, mayor, pero no se ponga nervioso. No es tamos orbitando la Tierra.

—¿Ah, no, cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho un genio en el largo sueño de la hibernación?

—Muy simple, mayor. De hallarnos en la Tierra, el sargento Kioto habría captado las ondas herzianas.

—Puede haber ocurrido un cataclismo como sucedió en Marte y no quedar nadie con vida.

—Es usted muy agorero, mayor —reprochó Violet—, Esperemos no ser los únicos supervivientes de la civilización terrestre.

El capitán Starman pulsó el botón correspondiente a las compuertas y éstas se fueron abriendo lentamente para mostrarles el espacio exterior directamente, sin cámaras de teletrivisión.

Las miradas escrutaban ansiosas, excepto la del profesor Donianov, que permanecía atento a los datos que le proporcionaba la computadora.

—¡Eureka, estamos salvados! ¡En este planeta hay uranio, sí, hay uranio, no cabe la menor duda!

Nadie le hizo caso. Todos observaban atentamente el exterior, pero pronto se dibujó en sus rostros una gran desilusión.

No se veían más que los diminutos puntos luminosos de las lejanas estrellas.

La nave fue girando para ver en derredor y a lo lejos divisaron una pequeña circunferencia como dos veces la Luna vista desde la Tierra en días de plenilunio. Era un círculo rojizo, casi color cinabrio.

—¿Eso es el planeta que tanto se parece a la Tierra? —inquirió peyorativo el mayor Smash.

—No, mayor —corrigió el capitán Starman—, Esa debe de ser la estrella X-Star 88, que, desde la Tierra, sólo puede ser vista con rayos X, ya que su poder lumínico en la escala comprendida entre el infrarrojo y el ultravioleta, es casi nula. Ahora, ya muy cerca de ese sol, sus rayos infrarrojos resultan considerables, pero insuficientes para calentar un planeta en forma óptima para la vida humana.

El sargento Kioto puntualizó:

—La temperatura que he recibido del ecuador del planeta que estamos orbitando es de cuarenta y siete grados Celsius, y las polares, de veintidós grados negativos.

—Pero, ¿dónde diablos está ese planeta si sólo vemos su apagado Sol? —inquirió molesto el mayor Smash.

Starman pidió:

—Doctora Give, creo que ha llegado el momento de repartir las gafas especiales. Espero que sirvan de algo.

La nave Spy of Space giró sobre sí misma para encarar su gran

ventana panorámica de nuevo con el planeta que estaban orbitando y que no conseguían ver.

Violet extrajo' de una caja metálica unas gafas oscuras que llevaban unos protectores plásticos laterales para que no arribara a la pupila ninguna otra luz que la que les llegara a través del cristal, lentes que habían costado muchas horas de estudio en los laboratorios terrestres más especializados en ingeniería óptica.

Se fueron colocando las gafas.

Ante ellos apareció la gran masa esférica del desconocido planeta que, visto a través de aquellas lentes, tenía un color verdoso, en algunos puntos más azulado y en otros, más amarillento. El color dominante era el verde.

—¡Ahí lo tenemos! —exclamó jubiloso el profesor Donianov.

—Creo que debemos estar satisfechos. Hemos llegado a nuestro objetivo —dijo Starman.

—Ahora, hay que averiguar las posibilidades de extracción del uranio que sin duda alguna posee este desconocido planeta y la riqueza de sus yacimientos.

—Considero que ha llegado el momento de nominar a este planeta —puntualizó Violet Give.

—Sí. Hágalo usted misma, doctora Give. Es difícil que a un ser humano vuelva a presentársele una oportunidad semejante —indicó Starman.

—Pues, yo le bautizo como Green Spirit.

—Bien, amigos, el planeta ya tiene nombre, Green Spirit. Se lo ha dado la doctora Give, un dato que tendremos que consignar en la bitácora de vuelo.

—Creo que el nominar a un planeta recién descubierto debería hacerse con mayor cuidado y pensándolo mucho.

—No se moleste, mayor Smash, ahora ya está bautizado. La ceremonia ha sido grabada en la memoria de la computa dora —puntualizó Starman. Dirigiéndose al profesor Donianov, que escrutaba absorto la superficie del planeta a través de sus gafas especiales, le dijo—: Localice la zona más uranífera. Hemos de comenzar la operación de toma de contacto. Usted, teniente Servenoir...

—Capitán...

—Con los datos que le pase el profesor Donianov, busque una planicie alta para Ia toma de contacto de nuestra pesada nave. Usted, sargento Kioto, trate de averiguar la densidad y dureza del suelo, no vayamos a cometer un tropiezo. Sería fatal, porque aquí no existen naves de rescate que pudieran venir en nuestra ayuda.

Los datos fueron tomados con rapidez y al final se eligió una superficie sorprendentemente regular.

El sargento Kioto anunció:

—No hay peligro, es de puro granito.

—Bien, hay que preparar el descenso al planeta. Lo orbi taremos una vez más y mientras, lo dispondremos todo.

Los preparativos fueron cubiertos con rapidez y en el momento oportuno, ya acomodados en sus respectivas butacas anatómicas, la Spy of Space 0001 penetró en la atmósfera del Green Spirit.

Cuando se iniciaba la veloz caída hacia el planeta, la nave invirtió su posición y comenzó a frenar con sus motores, compensando la fuerza de la gravedad que se había calculado uno en la escala terrestre, lo que equivalía a decir que era idéntica a la de la Tierra.

En medio de grandes llamaradas. Ia nave se posó con suavidad sobre la superficie granítica.

—Contacto —dijo el capitán Starman, apagando los motores.

Bajo sus pies estaba ya el nuevo planeta, un planeta que sólo podrían ver con las gafas especiales, ya que la estrella que enviaba la suficiente luz para iluminarlo era una estrella X.

CAPITULO IV

Ningún miembro de Ía expedición había deseado comer ni descansar. Todos estaban ansiosos por ver lo que había en el exterior.

Violet Give observó:

—Será mejor que todos llevemos linternas. Con ellas no serán necesarias las gafas.

Starman puntualizó:

—Con las linternas, pese a que son potentes y de escaso tamaño, lo que iluminemos siempre será reducido. En cambio, con las gafas, el campo visual aumentará en gran manera.

—Optemos por llevar ambas cosas. Si una falla, siempre queda la otra —objetó el profesor Donianov.

—Me parece bien —aceptó Starman—, Ahora, analicen la atmósfera exterior para averiguar si existe algún elemento nocivo para nuestro sistema de vida.

—Será mejor que una de las primeras cosas que comprobemos —comenzó a objetar el mayor Smash— es si hay vida inteligente sobre la superficie de este planeta.

—Es un dato muy interesante a tomar en cuenta —asintió Starman—, Usted es nuestro representante militar. Espero que no hayamos venido a hacerle la guerra a nadie.

—Si quieren guerra. Ia tendrán. Esta nave, a instancias mías, fue armada con proyectiles termonucleares y dos cañones láser.

—Esperemos que no haya que utilizar el material bélico —dijo emocionado y algo cansado a la vez el profesor Donianov.

La doctora Give anunció:

—Atmósfera perfecta, quizá con un tanto por ciento más elevado de nitrógeno del que nosotros estamos acostumbrados, pero no será en absoluto nocivo para nuestro organismo.

—Entonces, creo que ha llegado el momento de observar el exterior directamente. Para trasladarnos por el planeta utilizaremos los autoaéreos.

Todos pasaron por la cabina de presurización, que esta vez no funcionó, ya que Ia atmósfera exterior era equivalente a la artificial del interior de la nave.

La compuerta se abrió hacia abajo, quedando convertida en una pasarela suspendida en el aire, a la cual pasaron los seis miembros de la expedición para respirar por primera vez el aire del nuevo planeta y tratar de ver con sus propios ojos, ayudados por las gafas especiales, que transformaban la es casa luz que recibía el planeta de su estrella.

—¡Allí, allí, fíjense, seres vivos!

Violet Give fue la primera en verlos y señalarlos.

Los seres se hallaban al borde de la gran explanada de granito, tan lisa como si la hubieran aplanado con una pulimentadora.

Al borde de la planicie rectangular nacía una selva espesa, a excepción de uno de sus lados, a partir del cual se extendía una especie de desierto que tomaba un color plateado.

—Son seres bípedos, aunque la distancia no nos permite verlos claramente —observó Starman.

El profesor Donianov objetó, excitado:

—Los prismáticos no irán bien con estas gafas.

—Entonces, podemos emplear otro método —apuntó Starman.

Violet preguntó:

-¿Cuál?

—Tenemos un potentísimo foco. Usted, teniente Servenoir, lo preparará para iluminar a esos seres que vemos gracias a las gafas especiales. Yo estaré atento con los prismáticos de largo alcance y cuando le dé la orden, lo encenderá. Tengamos en cuenta que esos seres jamás habrán visto un potente foco lumínico y quedarán cegados momentáneamente.

—Sí, capitán.

El foco, de unas veinte pulgadas de diámetro, fue sacado a la pasarela.

Los seres seguían observándoles a su vez desde el borde de la pulimentada superficie de granito. Si no constituían una multitud, sí había más de un centenar.

Cuando Hut Starman se quitó las gafas especiales, sólo vio tinieblas.

El ojo del hombre terrestre era incapaz de captar nada allí. No pudo ver a sus compañeros ni a la mismísima nave. Todo era oscuridad en su derredor y una sensación de frialdad y hostilidad recorrió su espalda.

Acercó los binoculares a sus ojos y ordenó:

—¡Encienda!

El poderosísimo haz de luz brotó instantáneo, iluminando de lleno a los habitantes del Green Spirit.

Se escucharon aullidos de terror, gritos que hicieron estremecer a Violet Give.

Las extrañas criaturas, tratando de escapar a aquella luz que les había invadido, aullaron de terror, tropezando los unos contra los otros, en una desesperada huida al pensar que algo desconocido iba a destruirles, a exterminarles.

Con los prismáticos, Hut Starman pudo verlos bien y apretó los labios con fuerza.

Salvo las hipotéticas invasiones a la Tierra de que siempre se había

hablado, aquélla era la primera vez que el hombre terrestre descubría a un ser más o menos parecido a él y perteneciente no sólo a otro planeta, sino a otro sistema es telar muy distinto al solar.

—Han huido todos internándose en la selva —dijo el profesor Donianov.

—Regresemos al interior de la nave. Creo que habrá dificultades para entenderse con esos seres. —Hizo una pausa—. Teniente, ya puede apagar el foco. Creo que para ellos, el foco de luz es algo superior a todo lo conocido y les inspira auténtico terror.

Penetraron en la nave.

Una vez en ella, ya con su propia luz y sin estar obligados a utilizar las gafas especiales, se encararon con Starman.

Fue el mayor Smash el primero en preguntar:

—¿Por qué no nos da una descripción de cómo son? Usted, con los binoculares, ha debido verlos muy cerca. Habrá observado sus rostros, sus cuerpos.

—Sí, los he visto.

—Y pronto los veremos todos más de cerca —dijo el profesor Donianov—, Habrá que bajar a explorar la zona uranífera. Tendremos que efectuar algunas perforaciones para realizar sondeos en profundidad. Sería ridículo que hiciéramos venir hasta aquí a las naves de extracción y carga y sólo encontraran una inapreciable cantidad de uranio.

—El que usted calle, capitán, no va a servirnos de nada —puntualizó la profesora Give.

Starman suspiró.

—Sí, creo que no queda otro remedio. Si comparamos el aspecto de los habitantes de Green Spirit con el nuestro, son físicamente horribles, claro que ellos van a pensar lo mismo de nosotros.

—Detalle, por favor —pidió Violet.

—Bien. Son seres que, a juzgar por las armas que llevan, espadas, lanzas y bolas con púas, están en la Edad del Hierro, equivalente a la nuestra vivida hace milenios. En cuanto a su aspecto físico, parecen fuertes, muy fuertes. Su estatura, a esta distancia, es difícil precisarla, pero son fornidos y muy velludos, tan velludos que para ellos su pelaje ya constituye la indumentaria, pues no he visto que llevaran otra. Poseen grandes y poderosas quijadas. No soy antropólogo, pero al ver sus bocas, abiertas a causa del miedo que les ha producido el haz de luz, deduzco que son totalmente carnívoros. Lo que no es tan fácil de comprender para nosotros es que son ciclocefálicos.

—¿Ciclo qué...? —preguntó el mayor Smash.

El sargento Kioto miró también interrogante. Fue la profesora quien especificó:

—Ciclocefálicos es que poseen un solo ojo. ¿Acaso está centrado

en su rostro?

—Sí.

Starman se congratuló al no descubrir miedo en la mujer.

—Con que son una especie de Polifemos, ¿eh? —observó el teniente Servenoir, tratando de restar importancia al hecho.

—Si poseen un solo ojo les será difícil calcular las distancias. Precisamente, tener dos ojos nos facilita a nosotros el cálculo rápido de la distancia a que se halla cualquier objeto determinado.

—Profesor, creo que esos seres son un poco especiales. Su ojo no es normal.

—¿Poseen doble iris?

—No he podido contarlos, pero creo que son como una docena de iris y además movibles, es decir, que pueden separarse entre sí o concentrarse en un solo punto. En algunos de esos seres, la luz ha provocado una dispersión total de sus iris mientras que en otros, ha sido una agrupación, forman do una sola masa en el centro de su gran y único ojo.

Violet sonrió y tratando de animar al grupo expedicionario, dijo:

—No podíamos esperar que en un planeta desconocido, en otro sistema estelar, hubiéramos de encontrar unos seres iguales a nosotros y considerablemente bellos.

—No me preocupa su belleza sino su inteligencia, su capacidad para entenderse con nosotros.

—Si no nos entendemos, no habrá por qué preocuparse —gruñó el mayor Smash—, Podemos estudiar un plan para mantenerlos a raya o exterminarlos si es preciso.

—Mayor, hemos venido a este planeta en busca de reservas uraníferas que ayuden a sobrevivir a nuestra civilización. No hemos venido a exterminar a sus habitantes. Sólo por el hecho de estar aquí, ellos son los propietarios de cuanto existe en este planeta. Es la ley de la Tierra y la del espacio, una ley que seguramente habrá nacido también con estos seres. Siempre que se encuentre una criatura con inteligencia, tiene sus derechos.

—Es usted demasiado condescendiente. ¿Pretende que vayamos a esos salvajes y tratemos de comprarles los yacimientos de uranio cuando posiblemente ellos no sepan ni qué es uranio?

—Mayor Smash, ya le dije que el comandante de la nave soy yo y, por tanto, el responsable de lo que suceda.

—Yo soy la representación militar y aquí existe un peligro con esos seres subdesarrollados que pueden atacarnos.

—No son subdesarrollados, sino que están en la evolución lógica de su civilización. Aunque se nos enfrenten con espadas, lanzas o bolas con púas de hierro, debemos tenerles un respeto porque nosotros, los terrestres, también hemos pasa do por ese ciclo.

—Usted lo ha dicho, capitán, lo hemos pasado y de eso hace milenios. Los militares tenemos el derecho de prevenir, defender y atacar al enemigo si se hace necesario.

—Lo siento, mayor, pero su obsesión por encontrar enemigos podría resultar patológica.

—¿Me ha llamado loco?

—Ese es un término muy pasado de moda, mayor, claro que si usted quiere imponer su ley, descienda de la nave y una vez en el suelo, haga Io qué le parezca. Enfréntese a esos seres y dígales que es más fuerte.

—Creo que esa polémica no va a conducirnos a ninguna parte. Nuestra misión es averiguar la riqueza uranífera de los yacimientos y sus posibilidades de explotación —dijo el anciano profesor.

—Sí, ése es nuestro objetivo —aceptó Starman— y esos seres que viven aquí tienen unos derechos que no podemos aplastar. Debemos, ante todo, comunicarnos con ellos. No hemos viajado tantos millones de millas para entrar a saco en un planeta que no nos pertenece. Sostengo que aunque nos muestren su hostilidad, hemos de intentar dialogar con ellos. Nuestra técnica y cultura superiores harán que no nos resulte tan difícil entablar diálogo.

—¿Y si nos atacan directamente? —preguntó Violet Give.

—En ese caso, nos defenderemos. La autodefensa está permitida en las leyes más primarias del ser humano y aun sien do atacados y repelidos los ataques, aunque la sangre se derrame, seguiremos tratando de dialogar. Hemos venido a cumplir una misión y la misión no se habría realizado si, tras regresar a nuestra civilización y si es que lo conseguimos, ellos vienen aquí y se encuentran con un planeta hostil que va a hacerles la guerra.

—Tonterías. Nuestras naves y equipos, bien pertrechados de armamentos, podrán mantenerlos a raya mientras se extrae el uranio, aunque sea por los siglos de los siglos.

—La ley del más fuerte, ¿verdad, mayor Smash? Es muy propio de usted. El fuerte que llega y aplasta a los débiles con su bota.

Violet Give puntualizó:

—Usted ha dicho que ellos son fuertes.

—Fuertes contra nosotros seis sí lo son y luchando individualmente, nos vencerían, pero nuestra civilización posee armas muy superiores para someterlos. No es ésa la labor de unos seres que nos hemos dado en llamar civilizados. La primera nave que arribó a la Luna llevaba un mensaje bien claro, especificando que somos hombres de la Tierra que via jamos en paz. Un grabado que debe ser todo un símbolo para nosotros.

Todos, salvo el mayor Smash, parecieron convencidos.

El profesor Donianov preguntó:

—¿Cuál es su plan, capitán?

—Esos seres deben vivir en una población o fortaleza. Habrá que buscarla y tratar de dialogar con ellos. Hemos de demostrarles que venimos en son de paz y que si se les puede dar algo a cambio del uranio que necesitamos, se lo daremos.

—¿Y qué va a darles, capitán Starman, si es que le dejan hablar antes de partirle el cráneo en dos y devorarlo después? ¿Espejuelos, cuentas de cristal o cintas de seda? —inquirió Smash, con hiriente mordacidad.

CAPITULO V

—Teniente Servenoir, hágase cargo de la nave en mi ausencia. Si me ocurriera algo, usted será el comandante de la nave.

La pregunta incordiante había sido hecha por el mayor Smash en presencia de los restantes miembros de la expedición y su intención no era otra que enemistar a Hut Starman con el científico y su ayudante, la doctora Give.

—El mando de la expedición, mayor Smash, como usted y todos sabemos, está en manos del profesor Donianov, pero el profesor no tiene por qué perder su tiempo en el control de nuestra nave y las pequeñeces que la rodean. Lo que el profesor busca son yacimientos de uranio y las posibilidades de su explotación. Cuando tenga todos los datos iniciaremos el regreso a la Tierra y ese momento será él quien lo decida.

, Nosotros allanaremos su camino simplemente.

—Creo que el capitán Starman ha concretado bien la situación —aceptó el profesor Donianov—. Estoy ansioso por bajar a esa zona uranífera y comenzar mis investigaciones. A priori podría ya asegurar que obtendremos un éxito total.

—Profesor, le rogaría que no descendieran de la nave hasta que regresemos de la inspección en las cercanías de este lugar. Hay gente con inteligencia y debemos ponernos en con tacto con ellos. Mayor Smash, ahora sí podemos realizar una labor juntos. Usted es nuestro representante militar y le rogaría que no provoque una guerra con los habitantes de Green Spirit.

—¿Una guerra? —Soltó una carcajada suficiente—. Esos seres primitivos no merecen ni una simple escaramuza.

—Yo no sería tan despreciativo. Desconocemos sus posibilidades y, por otra parte, la guerra de guerrillas siempre ha proporcionado muchos dolores de cabeza a los ejércitos más importantes que han existido en nuestra civilización terrestre. Ahora, si no desea que perdamos más tiempo, mayor, nos prepararemos para la inspección.

—Supongo que utilizaremos los autocohetes.

—Sí, será el mejor medio para movernos e inspeccionar esta zona. No hemos viajado hasta aquí para hacer un safari por selvas que desconocemos y más cuando nuestro sistema de visión no es favorable.

El capitán Starman y el mayor Smash se colocaron los cascos de protección y seguridad dentro de los cuales iba inserto el sistema de telecomunicación.

Se colocaron el cinturón en el que se incluía un primitivo, pero

siempre eficaz cuchillo, una potente linterna con micro pila atómica y la pistola láser de gran efectividad.

El mayor Smash siguió llevando la pequeña y cómoda pis tola que solía utilizar como de reglamento cuando se hallaba en las bases de su propia civilización.

El sargento Kioto y el teniente Servenoir les ayudaron a colocarse las mochilas con los autocohetes de reducido tamaño, pero con un radio de acción de cinco horas de vuelo.

Ya con las gafas convertidoras de fotones, salieron a Ia pasarela.

Salvo el desierto aurífero, todo era verde a su alrededor. Incluso, la atmósfera del planeta, que en Ia Tierra era azula da, allí se veía amarillo verdosa.

—Bien, mayor, cuando quiera.

Los dos expedicionarios pulsaron los botones de puesta en marcha.

Despegaron de Ia pasarela sin apenas ruido, sólo con un ligero zumbido y sin despedir gases por los cohetes, cuya potencia les elevaba de Ia protección de la gran y majestuosa Spy of Space 0001.

Volaron a través de la selva, dejando atrás la nave.

—Es una jungla muy espesa —observó el mayor Smash por el sistema de telecomunicación que les unía.

—Sí, recuerda a la primitiva Amazonia, sólo que aquí los árboles parecen más gigantescos.

—Sí, son similares a las sequoias californianas. No debe escasear el agua, lo que no entiendo es cómo crece tanto follaje, tanta selva con un sol tan paupérrimo.

—Quizá tenga más que suficiente para su fotosíntesis y no me extrañaría que el suelo de este planeta estuviera calentado por algo que desconocemos. Además, está comprobado que Ia proximidad radiactiva del uranio, en una dosis muy específica, hace crecer los vegetales en una proporción muy grande, de diez a uno. Según el profesor Donianov, este planeta es rico en dicho material, e incluso es posible que este uranio tenga alguna variante sobre el hasta ahora conocido en nuestro sistema solar.

Siguieron avanzando sobre la jungla, escrutándola.

El mayor Smash dijo:

—Aunque esos seres tuvieran caminos para ir de una par te a otra de esta jungla, no podríamos descubrirlos desde el aire. Esos senderos estarían muy por debajo de las copas de tan gigantescos árboles.

—Sí, y es posible que a ellos tampoco podamos localizar los con facilidad, pero si están Io suficientemente avanzados como para haber descubierto el hierro, lógicamente vivirán agrupados en un poblado, una fortaleza o algo por el estilo.

—Pueden ser bosquimanos.

Un estruendo repentino y un ensordecedor trompeteo animal les

obligó a volverse.

De alguna parte de aquella intrincada selva, brotó un gigantesco pájaro.

Comparándolo con la fauna terrestre, era mitad águila y mitad murciélago.

Cada una de sus zarpas era capaz de sujetar a un hombre por el torso y su gran pico ganchudo podía partir el tronco de un árbol de tres o cuatro pulgadas de espesor, asemejándose a un águila.

Sin embargo, tenía orejas erguidas y móviles como un murciélago y sus alas no eran emplumadas, sino membranosas.

Hut Starman advirtió que carecía de ojos y, por lo tanto, debía guiarse por el sistema de sonar. No cabía duda de que les había captado cuando se trasladaban por encima de la jungla en busca del poblado de los seres inteligentes de aquel desconocido planeta.

La aparición del monstruo volador fue súbita y éste hizo una pasada sobre ellos, agarrando con sus zarpas al mayor Smash, que gritó asustado:

—¡Capitán, sálveme!

Hut Starman desenfundó su potente pistola láser y disparó contra la gigantesca ave cuando ya se alejaba, pero Starman había aumentado la velocidad de sus autocohetes para seguirla.

El rayo destructivo perforó la cabeza de aquella mezcla de águila y murciélago gigante. El animal se convulsionó en el aire y comenzó a caer sobre la jungla.

—¡Vamos, mayor, aumente la velocidad o quedará aplastado en la caída!

El grito de alarma hizo reaccionar al asustado mayor Smash, que ya se veía devorado por el monstruo.

Aumentando la velocidad de sus retrocohetes logró escapar de la zarpa que lo atenazaba, ya que Ia presión de ésta había aflojado.

Tuvo tiempo de huir. Fue justo cuando ya tocaba con sus pies las hojas de los árboles. La gran ave, pese a su tamaño, se hundió entre las hojas, desapareciendo de su vista.

—¡Podía haberle disparado antes! Por poco me sumerge en esa devoradora jungla —gritó el mayor Smash en vez de agradecer al capitán Starman que le hubiera salvado la vida.

—Sigamos buscando y con más atención, para no tener más sorpresas de esta clase. No cabe duda de que esta jungla está habitada por seres que en la Tierra calificaríamos de antediluvianos, monstruos desconocidos en nuestra zoología.

—Por lo menos son sensibles a nuestras armas, ya es un respiro — gruñó el mayor, dando una última mirada al lugar por donde desapareciera el monstruo alado.

Sobrevolaron la jungla durante casi media hora.

Ignoraban qué peligros podían acecharles abajo, tras el denso follaje.

¿Serían los seres que habían visto los únicos inteligentes en aquel planeta? ¿Habría más monstruos? Todo eran preguntas sin respuesta y descender al interior de la selva podía resultar altamente peligroso.

—Será mejor que volvamos a la nave. A esos seres hay que ignorarlos. Si la investigación del profesor Donianov es positiva, podremos regresar a la Tierra, y cuando vengan las naves para explorar los yacimientos, con que les acompañe una de desembarco militar con doscientos hombres, ya podrán mantenerlos a raya sin que molesten. Si se ponen pesa dos, los aniquilarán con mucha facilidad.

—Aniquilarlos con mucha facilidad... —repitió el capitán Starman, que seguía escrutando a través de sus gafas especia les en busca de los seres inteligentes—. Con esta jungla no es sencillo exterminarlos.

—Vamos, vamos, capitán, si se emplea el plan de terreno quemado o el de desfoliación, no podrán esconderse en ninguna parte.

—Hemos venido aquí en busca de nuestra supervivencia, no para destruir a unos seres que tienen tanto derecho a la vida como nosotros.

—Es usted demasiado blando. Además, el problema de lo que hay que hacer con esos seres es asunto del Consejo Mundial.

—Para que el Consejo Mundial decida, debemos proporcionarles datos suficientes. No basta con decirles que usan armas de hierro primitivas y que son ciclocefálicos, con múltiples pupilas movibles a voluntad.

—Las moscas terrestres también tenían muchas pupilas en cada ojo y las barrimos hace tiempo.

—Las moscas no son seres inteligentes, mayor. Pero, mire, mire allí...

—¿Dónde?

—¡Allí, allí! ¡Ya lo hemos encontrado!

*

—Nuestros amigos se demoran —observó el profesor Donianov Impaciente.

—Podemos ponernos en contacto con ellos si usted lo desea —sugirió el sargento Kioto.

El teniente Servenoir aclaró:

—Su sistema de telecomunicación es muy sencillo, pero eficiente, claro que si les ¡lamamos ahora se alarmarán, pensando que aquí sucede algo anormal.

—¿Y si a ellos les ocurre algo a su vez? —preguntó la doctora Give.

—Nos avisarán y nos darán su posición, ya que hemos comprobado que el centro magnético es igual al de la Tierra.

—Este planeta tiene muchas concomitancias con nuestra querida Tierra, sólo que la luz que recibe y por tanto refleja, es muy distinta. No, no es preciso que los alarmen en su labor de exploración, aunque pienso que podríamos adelantar tiempo. Nuestro plan es de urgencia para la Tierra. En estos momentos, ellos sufrirán graves restricciones para alargar al máximo las reservas energéticas y cada minuto que perdamos me duele pensando en lo que ocurrirá allá en nuestro mundo.

—¿Qué sugiere que hagamos, profesor?

—Teniente, creo que podría iniciarse la primera exploración en el suelo.

—Salir de la nave es peligroso. Aún no han regresado el capitán y el mayor Smash y ellos están haciendo la inspección.

—Bah, no tengo miedo a esos seres por muy distintos que sean de nosotros. Además, son primitivos, y con nuestra técnicas será un juego de niños evitar el peligro que puedan ofrecernos.

—Lo siento, profesor, pero hasta el regreso del capitán Starman, no creo que sea conveniente abandonar la nave.

—Le avisaremos de sus intenciones —observó el sargento Kioto.

—No hace falta. Están haciendo una tragedia de una nimiedad. Creo que la doctora y yo podemos bajar a -hacer una inspección ocular previa. Tomaríamos muestras y regresaríamos a la nave, cosa de cinco minutos.

—Si sólo se trata de tomar muestras y dar un vistazo, creo que esa labor puedo realizarla yo sin exponer la vida de ustedes —dijo con sinceridad el sargento Kioto.

—Le agradezco su gesto, sargento, pero no es necesario. Además, es usted un magnifico ayudante para el pilotaje de esta nave que nos ha permitido arribar a este lejano planeta, pero en cuestión de yacimientos uraníferos, su experiencia es nula. Sus resultados apenas podrían arrojarnos ninguna luz.

—Ya bajaré yo —propuso Violet Give.

—¿No le tiene miedo a esos seres? —preguntó con serie dad el profesor Donianov.

—Soy una persona racional. Mi miedo no es ni más ni menos que el que podría sentir un hombre frente a un peli gro, pero como ha dicho usted, profesor, será fácil evitar peligros si llevo autocohetes. Con elevarme, estaré fuera del alcance de los habitantes de este planeta.

—Pueden dispararle flechas o lanzas —advirtió el teniente Servenoir.

—Antes de que consiguieran acercarse, me elevaría. Creo que soy

la persona idónea para dar un primer vistazo a la zona uranífera y tomar muestras. En una siguiente ocasión evaluaremos la extensión del yacimiento.

—Bien, doctora. Desde aquí arriba, controlaremos que no le pase nada. Usted, teniente, tiene armas para protegerla, ¿verdad?

—Sí. El fusil láser podría exterminar a alguien que estuviera a varias millas de distancia.

—Entonces, no hablemos más.

Violet Give tomó su cajoncito de útiles para obtener mués tras y el sargento Kioto la ayudó a colocarse el autocohete a la espalda.

La propia doctora se sujetó los atalajes por delante, y el profesor la ayudó a ponerse el casco al tiempo que le recomendaba:

—Debe informarme sobre lo que vea. Estaré en contacto con usted.

El teniente Servenoir puntualizó:

—Yo vigilaré desde aquí arriba, pero no se aleje. Ignoramos las sorpresas que puede depararnos este desconocido planeta.

La mujer se situó en la plataforma. Hizo actuar el auto cohete elevándose primero y después descendió con suavidad hasta llegar a la gran superficie granítica que constituía el suelo, tan pulimentada que Violet dijo a través del telecomunicador:

—Esta superficie parece obra de seres inteligentes. Es como si la hubieran preparado para algo, quizá les sirva para una ceremonia o algo similar.

En lo alto de la pasarela quedó el teniente Servenoir con el fusil láser dispuesto.

—Tenga cuidado, doctora —le dijo— y haga la salida lo más breve posible. No creo que al capitán Starman le guste lo que estamos haciendo.

—No se preocupe, aquí todo parece tranquilo.

Violet Give se alejó de la nave acercándose al final de la gran superficie, al borde mismo del desierto que parecía nacer allí y que el profesor Donianov había calificado como el gran yacimiento de uranio.

Al final de la explanada había un desnivel de escasa importancia, unos tres pies. Luego, se extendía el desierto.

De pronto, en lo alto aparecieron dos figuras oscuras que revolotearon en torno a Ia cúspide de la Spy of Space.

Violet miró hacia arriba al oír el fuerte zumbido.

Eran dos hormigas gigantes, como de cinco o seis pies de largas, dos hormigas aladas que parecían acudir a una cita.

—¡Escóndase, doctora, escóndase! —gritó el teniente Servenoir, comprendiendo que ante semejantes enemigos de nada o poco valían los autocohetes para escapar.

Con sus tenazas, uno de aquellos gigantescos insectos podía atraparla en el aire y llevársela a su nidal.

El teniente, pensando más en el peligro que corría la mujer que en él mismo, puesto que para salvarse de los dos atacantes voladores le bastaba con refugiarse en el interior de la nave, apuntó con su fusil láser a una de las hormigas gigantes que se incendió, iluminando durante breves instantes aquel planeta sin luz.

La bella doctora Give, contemplando absorta cómo el teniente luchaba contra los gigantescos insectos, el segundo de los cuales se disponía a atacarle ante la muerte de su compa fiero, no se percató de que se abría una compuerta granítica disimulada junto al borde de la gran superficie en la que habían tomado contacto.

Tres de los seres ciclocefálicos aparecieron con sus primitivas armas de hierro.

Uno de ellos portaba también una red de cuerda vegetal que con verdadera maestría lanzó al aire sobre la cabeza de Violet Give.

La joven vio que algo caía sobre ella.

Levantó sus manos, tratando de librarse de la red, mas le saltaron las gafas y la oscuridad se hizo inmediata para ella. Ya no pudo ver ni a sus atacantes ciclocefálicos.

—¡Auxilio, socorro! —gritó desesperada, aprisionada en la red y notándose agarrada por varias manos que la izaron en el aire.

El teniente Servenoir captó la llamada de auxilio cuando estaba disparando su láser a la segunda hormiga gigante que se incendió como su compañera, cayendo a los pies de la Spy of Space.

—¡Doctora! —gritó.

No obtuvo respuesta.

Buscó ansiosamente con la mirada y ya no descubrió a Ia mujer.

—¡Sargento, profesor, vengan, la doctora Give ha desaparecido! —llamó a sus compañeros.

Los dos hombres salieron a la pasarela.

—¿Cómo ha podido desaparecer? —preguntó excitado el profesor Donianov.

—No lo sé. Estaba exterminando a esas dos hormigas gigantes que ven abajo acabando de consumirse cuando he oído la voz de socorro. La he buscado y ya no la he visto.

—Estas condenadas gafas nos facilitan la visión, pero no es una visión perfecta —masculló el profesor.

El sargento Kioto propuso:

—Será mejor que escrutemos con el foco.

—Sí, sí —aceptó el viejo Donianov.

El foco no tardó en quedar colocado en la pasarela.

El poderoso haz lumínico buscó al borde de la gran superficie pulimentada.

El profesor Donianov se hizo con los prismáticos, liberándose de las gafas que, aunque le permitían abarcar más campo de visión, ésta resultaba menos precisa.

—¡Ahí están!

—¿Están qué? —apremió el teniente, inquieto por la extraña desaparición de la doctora Give.

—Las gafas que ella llevaba. Están en el suelo, caídas.

—Lo que quiere decir que la doctora estará sin visión, como ciega en este planeta hostil.

—Este maldito y tenebroso planeta nos va a traer complicaciones —gruñó el sargento Kioto.

El profesor dijo, nervioso:

—Habrá que bajar a buscarla.

—Lo siento. Estimo a la doctora, pero ya no permitiré que nadie más baje hasta que regrese el capitán Starman —advirtió el teniente Servenoir, tajante.

—Teniente, yo puedo ir a buscarla —se ofreció el sargento.

—Ya he cometido el error de dejarla bajar a ella. ¿Acaso no se dan cuenta de que mientras estemos juntos seremos fuertes, pero que si nos separamos nos exterminarán a todos? Si existiera una sola posibilidad de recuperar a la doctora bajando, yo sería el primero en saltar, pero no se ve por parte alguna, ha desaparecido. Deberíamos buscar y podría ocurrir que fuéramos atacados nuevamente. No podemos correr más riesgos.

—¿Y qué le sucederá a la doctora Give? —preguntó el profesor, dolido.

—Esperemos que la suerte le acompañe hasta que regrese el capitán.

—Pero, teniente, mientras tanto estará en manos de esos seres primitivos y carnívoros. Me siento horriblemente mal —se lamentó el profesor, apartando los prismáticos de sus ojos—. Ha sido culpa mía, yo la he empujado con mi impaciencia a que descendiera. ¿Qué será de ella ahora en poder de sus captores?

CAPITULO VI

—Eso es una gigantesca fortificación pétrea —observó el mayor Smash, mientras se acercaban al lugar que había descubierto el capitán Starman.

—Sí, es una verdadera colina de grandes bloques de piedra que dejan pequeños a los que utilizaron en la Tierra los egipcios para levantar sus pirámides.

—Esos seres deben de ser muy fuertes o muy astutos.

—No cabe duda, mayor. Quien construye una fortificación semejante debe tener poder. Dentro de esa fortaleza pueden vivir varias decenas de miles de personas, a juzgar por su extensión.

—Tiene contadas ventanas y sólo una puerta, al parecer.

La edificación pétrea, que semejaba lineal, sin embargo era circular, como si rodeara una colina.

Su puerta y ventanas resultaban pequeñas y se hallaban protegidas, además, por barrotes de hierro más gruesos que un brazo humano.

—Bueno, ahora que sabemos dónde se esconden, podemos marcharnos. Localizaremos su metrópoli en el plano que le yantemos de esta zona y ya regresaremos para tomar fotografías.

—¿Por qué tanta prisa en marcharse, mayor? Ahí dentro están los seres con quienes tenemos que establecer contacto.

—No estará pensando entrar en esa ciclópea fortaleza, ¿verdad? —inquirió el mayor Smash, entre asustado e incrédulo.

—A eso hemos venido, mayor. ¿No decía usted que eran seres simples, que no ofrecen ningún peligro?

Ante la ironía de Starman, el mayor replicó:

—No es lo mismo ser atacados en el campo, junto a la nave, que meternos en esa fortaleza. Debe de ser el infierno.

—Posiblemente, mayor, pero vamos a entrar. Hay que demostrar decisión y que no les tenemos miedo, que venimos en son de paz.

—¿Y cómo vamos a entrar? Fíjese en las gruesas rejas que cierran sus puertas y ventanas.

—Sí, lo he visto, y nos vamos a dirigir, por lo que parece, a la entrada principal.

—Si usted no regresa a la nave, lo haré solo, capitán —amenazó el mayor Smash para hacerle desistir.

—Haga lo que le parezca, mayor. Ahora no estamos dentro de la nave y no puedo obligarle a obedecerme.

—Ni en la nave ni en ninguna parte —gruñó—. Mi graduación es superior a la suya.

—Si yo fuera militar, sí, mayor, pero soy un piloto civil que lleva a cabo las, misiones que se le encomiendan, sean militares, de turismo o rescate. Se tiene miedo de venir con migo, lárguese, pero le advierto que cuando regrese a la nave grabaré todo lo ocurrido aquí. Si conseguimos volver a la Tierra, será interesante ver cómo reacciona el Consejo Mundial ante su brillante actuación.

—¿Está insinuando que soy un cobarde?

Hut Starman no le respondió.

Descendió hasta la entrada principal, tras haber comprobado desde una considerable altura que la gran fortaleza no tenía aberturas superiores, que el techo estaba bien cubierto y que la superficie estaba pulida.

El mayor Smash miró la jungla que quedaba a su espalda y prefirió reunirse con el capitán.

—Capitán, esos seres están ahí detrás de las rejas, con sus lanzas y sus espadas.

—Ah, ¿está usted aquí? ¿No se ha marchado? —preguntó con sarcasmo.

—¿Es que prefiere que me vaya a la nave?

—Haga Io que guste. Voy a entrar, debo entrevistarme con sus jefes o Io que sea.

—¡Es terco! —se exasperó—. Antes de que llegue a esa reja lo habrán matado de un lanzazo. Aunque Ia lanza sea un arma primitiva, no deja de ser eficaz y mortal.

—Sí, pero somos superiores a ellos, usted se ha cansado de repetirlo. Demostrémoslo.

—¿Qué hago?

—Su linterna, mayor. Envíeles un haz de luz. Eso les aturdirá y al mismo tiempo no les haremos ningún daño.

—Bien —suspiró—, veremos qué pasa con esos ciclocéfalos que se hallan tras las rejas con sus armas, dispuestos a defender Ia entrada de su fortaleza.

El haz de luz se filtró entre los barrotes, creando la con fusión deseada.

En medio de gritos y gruñidos, aquellos desconocidos se res se alejaron a la carrera de Ia entrada, arrojando incluso sus armas algunos de ellos.

—Fíjese cómo huyen, capitán. Será un juego de niños hacerlos correr como conejos con una simple linterna.

—Para ellos es algo más que una linterna. Es el poder de Io desconocido.

Con los autocohetes parados, Hut Starman avanzó hacia Ia reja. A prudente distancia, desenfundó su pistola láser.

Jaló el gatillo enviando el poderoso chorro lumínico contra los

gruesos barrotes que se fundieron y cortaron en cuestión de segundos cuando los habitantes del planeta los consideraban inexpugnables.

—Ya tenemos Ia entrada franqueada, mayor.

—Sigo pensando que meternos ahí dentro es peligroso.

. Quién sabe si hay trampas preparadas y por dónde nos pueden atacar?

—Correremos el riesgo.

A mayor Smash no le quedó otro remedio que seguir a Hut Starman, que se internó en aquella ciudad fortaleza, más parecida a un nidal artificial que a una metrópolis propiamente dicha.

Para ellos, la luz no varió excesivamente del exterior al interior, ya que utilizaban la potente linterna que a Ia vez que iluminaba las galerías de avance, rechazaba a los ciclocéfalos.

—Esto es un laberinto, luego no encontraremos la salida —advirtió el mayor Smash.

Hut Starman siguió avanzando.

A derecha e izquierda se abrían más galerías y se escuchaban gritos.

Hut sabía que en cualquier instante podían recibir un lanzazo, pero pensaba que, en cierto modo, los autocohetes colocados a su espalda les brindaban protección.

En cuanto a ser atacados de frente, parecía difícil por el momento.

Quizá cuando los ciclocéfalos perdieran su miedo a la luz de la linterna, se atrevieran a atacarles abiertamente. Para entonces habría que emplear el láser y Hut Starman no deseaba verter la sangre de aquellos seres pensando que luego iba a resultar muy difícil una reconciliación.

Arribaron a una, gran sala de imponentes dimensiones y techo muy alto en el que se abrían una especie de respiradores enrejados.

En el centro de la nave se levantaban unas escalinatas. Era como un altar y, sobre él, un trono.

—¡Allí, capitán!

Hut Starman vio al ser que se hallaba sentado en el trono. Tras él, cuatro ciclocéfalos más, todos étnicamente iguales.

Eran los primeros seres que no huían al recibir de lleno Ia luz de la pila.

—Baje Ia linterna, mayor —ordenó Starman, seco como un latigazo.

—¿Por qué? Esos no se asustan.

—No sea estúpido. ¿No ve que están aguantando? Están probando su valor ante lo que ellos consideran una muerte inminente por invasión extraña.

—¿Invasión extraña?

—Sí. Los supuestos invasores somos nosotros.

El mayor Smash inclinó la linterna y el foco quedó a los pies del ser que ocupaba el trono, un ser que parecía más altivo que los demás.

De su cuello colgaba un grueso y pesado collar con un gran medallón y un brillante engarzado en el centro. Starman supuso que era de oro, aunque era muy difícil averiguar su auténtico color en aquel planeta tenebroso.

Los cinco grandes ojos, con múltiples pupilas cada uno de ellos, les observaban con atención.

Las pupilas se separaban y unían, eran como pequeños escarabajos negros y rojizos nadando en un charco almendra do de agua.

—¿Y ahora, qué? No habrá forma de entendernos con ellos, no conocemos ni una sílaba de su lengua.

—No desespere tan pronto, mayor. Habrá algún medio de entenderse.

De pronto uno de los seres que se hallaban detrás del trono que parecía ocupar el rey de los ciclocéfalos, comenzó a brincar emitiendo gritos incomprensibles.

Era bastante menos fornido que sus hermanos de raza, pero su cabeza resultaba más voluminosa.

—Capitán, ese tipo se ha vuelto loco o está borracho.

El mayor Smash hizo ademán de desenfundar su pequeña pistola cuando el que saltaba parecía querer abalanzarse hacia ellos, pero Hut contuvo su mano.

—No cometa tonterías, mayor. Debemos demostrarles que no les tenemos miedo y que venimos en son de paz.

—Será difícil demostrárselo si no podemos comunicarnos. Como esos sujetos nos atrapen, van a devorarnos, fíjese en qué colmillos tienen.

—Los tienen grandes porque deben necesitarlos para su subsistencia. Ya hemos comprobado que en este planeta existen animales de gran tamaño contra los cuales deben de luchar y luego convertir en filetes que los alimenten.

—Espero que no nos tomen a nosotros también por posibles filetes.

El ciclocéfalo, que había iniciado una casi histérica danza ritual, se tiró al suelo frente a ellos, hecho un ovillo, con su único ojo pegado a la dura piedra.

—Somos hombres de paz —dijo en voz alta Hut Starman.

—¿Pretende que lo entiendan? —inquirió escéptico el mayor.

—Si pusiera más atención, se daría cuenta de que ya nos han preguntado.

—¿Preguntado, cómo?

—Ese sujeto es un médium paranormal de la raza de los ciclocéfalos.

—¿Quiere decir que nos está interrogando telepáticamente?

—Sí. Primero ha tenido que sensibilizarse al máximo con su danza. Es un ser privilegiado entre los suyos. Ahora es capaz de entablar diálogo con nosotros por telepatía, aunque más tarde no recuerde nada.

El médium dijo algunas palabras en su idioma que a los terrestres les sonaron a gruñidos.

El rey, sin moverse de su trono y demostrando valor al soportar estático la llegada de los supuestos invasores, habló también como enviando nuevas preguntas a su médium.

—Yo no capto nada —gruñó el mayor Smash.

—Entonces, cállese y déjeme concentrar a mi —Hizo una pausa y añadió en voz más alta y despacio—: Venimos de otro mundo y sólo queremos paz, ser hermanos vuestros.

El médium, que seguía con su gran ojo pegado a la dura piedra, tradujo nuevamente.

—Pero, ¿cómo diablos va a traducir ese médium nuestro idioma?

—El no entiende de palabras, mayor, la telepatía es por imágenes. Este pueblo, aunque físicamente distinto, parece tener un cerebro idéntico al nuestro, sólo que menos evolucionado culturalmente. Cuando doy una respuesta en voz alta, concentro mi mente para dar imagen de lo que pienso y creo que me entienden.

—Espero que sea así, capitán, yo no estoy tan seguro. Mire, por las galerías aparecen más seres.

—No demuestre miedo si no quiere acabar ensartado por una lanza o con el cráneo aplastado por una bola de hierro con púas, pese al casco de protección.

—Sólo queremos hablar con vosotros, ser vuestros amigos —insistió Hut.

El médium siguió traduciendo para su rey y consejeros.

—Más hermanos nuestros vendrán en tiempos venideros. Hay una Tierra que para nosotros es preciosa.

El rey volvió a preguntar y Starman respondió negando.

—No, no venimos a atacaros ni a robaros. No queremos destruir vuestra ciudad, no debéis temer nada de nosotros. Somos poderosos, pero vuestros hermanos en el espacio infinito. Nuestro mundo está muy lejos de aquí viajando en el cielo.

Nueva traducción y Starman aguardó a recibir las imágenes que le enviaba telepáticamente el médium.

—Sí, volamos más alto que el gran pájaro, mucho más alto.

El mayor Smash permanecía atento a las respuestas del capitán, ya que él no lograba captar las imágenes que enviaba telepáticamente el médium.

—No, no somos dioses, sólo hermanos vuestros.

—¿Por qué no les deja creer que somos dioses? Todo se ría más fácil.

—No sea imbécil. El tiempo de los esclavos ha pasado. No hemos venido a engañar ni a saquear. Esos seres, aunque físicamente distintos, cerebralmente son hermanos nuestros. Merecen un respeto.

—Cuando se vea servido como festín, veremos si piensa lo mismo.

—Si eso ocurre, sólo me culparé de mi torpeza por no haber sido capaz de hacerme entender.

—Capitán, creo que debió de pasar por el psiquiatra antes de emprender este viaje.

Unas órdenes del rey, ahora más tajantes, y no tardaron en aparecer por una galería tres ciclocéfalos encadenados de pies y manos los unos a los otros.

Unos soldados armados con espadas y lanzas los empuja ron hacia delante.

—No. no hemos venido a matar —respondió Starman a la pregunta telepática.

—¿Qué diablos quieren saber? —gruñó Smash.

—Lo poderosos que somos y piden que Io demostremos matando a esos tres seres.

—Pues, ¿a qué espera?

El médium recibió nuevas órdenes de su rey y las tradujo. Starman volvió a hablar.

—Si son asesinos de vuestros hermanos, condenados a morir en el altar del gran sacrificio y es vuestra voluntad que mueran ahora, obedeceremos.

Los soldados se apartaron de los reos.

Hut Starman sabía que le estaban poniendo a prueba, que rían conocer hasta dónde llegaba su poder, y si no lo demos traban, posiblemente saltarían sobre ellos.

No esperaba obtener su amistad con facilidad, ya que aquél era un pueblo de luchadores.

Apuntó con la pistola láser a los reos y jaló el gatillo, ejecutándolos en presencia de todos.

En breves instantes, los tres se convirtieron en fuego y humo.

Los cuerpos ennegrecidos quedaron tendidos sobre el du ro suelo, mientras todos retrocedían temerosos.

—Somos amigos vuestros. No queremos matar, y si podemos ayudaros en algo, sólo tenéis que pedirlo.

Starman quedó pensativo unos instantes. Smash, impaciente, le preguntó:

—¿Qué le han dicho ahora?

—Que tienen muchos enemigos, pero especialmente unos que son fatales. Cada período en que aparece su estrella, deben de entregar un

tributo de sus hermanos, hembras y machos, al altar de los sacrificios para que sus enemigos los devoren y, agradecidos, no les acosen.

—¿Y cuál es ese pueblo de enemigos?

—Por lo que me dicen, parecen ser hormigas gigantes aladas.

—¿Y el altar del sacrificio está arriba?

—No, es precisamente donde se halla nuestra nave.

—Por todos los diablos... Entonces, ¿hemos tomado con tacto en el altar de los sacrificios?

—Sí, por eso está tan pulida la zona. Ellos temen a esas hormigas gigantes.

—Pues no me gustaría encontrarme con un enjambre de esos bichos.

De nuevo en voz alta, Starman explicó a los ciclocéfalos:

—Nosotros queremos ser vuestros amigos. Si nos decís dónde se halla el pueblo de esos mortales enemigos, que continuamente cobran vidas de vuestros hermanos, si está en nuestro poder, como ofrenda de amistad, os liberaremos de ellos.

—¿Qué barbaridad está diciendo, capitán? No pretenderá luchar contra el pueblo de las hormigas gigantes, ¿verdad? Pueden ser miles, millones quizá.

—Si queremos obtener la amistad de los seres inteligentes de este planeta, debemos ganárnosla —replicó Starman.

—¿Qué le preguntan ahora que están tan callados?

—Indican que acercarse al pueblo de las hormigas gigantes voladoras es morir, que nadie lo ha conseguido jamás.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Nosotros os ayudaremos. Confiad en ello en prueba de nuestra amistad. —Bajó la voz, ordenando1^: Póngase las gafas, mayor, y deme la linterna.

—¿Qué va a hacer?

—Darles un obsequio que a ellos puede parecerles fabuloso.

—¿La linterna?

—Sí.

Ya provistos de las gafas, Starman le cogió la linterna al mayor Smash y acercándose al rey, se la tendió apagada al tiempo que le mostraba el botón para encenderla.

El rey de aquel pueblo no demostró recelo.

Tomó la linterna y no tardó en manejar el haz lumínico. En su boca, provista de grandes colmillos, se dibujó una mueca que bien podía ser una sonrisa de satisfacción.

—Ahora, regresemos a nuestra nave.

El médium tradujo y el propio rey se puso en pie.

Paseó la luz de la linterna por el techo de la gran nave y luego inclinó la cabeza en señal de gran saludo y respeto ·hacia los

terrícolas.

Sus consejeros le emularon y, posteriormente, todo el pueblo allí reunido inclinó sus cabezas.

—Creo que ya podemos marcharnos —dijo el mayor Smash—. Aunque bajen ahora la cabeza, no hay que fiarse demasiado. Sus reacciones pueden ser primitivas.

—Sí, tan primitivas como las suyas, mayor.

—¿Qué?

El capitán no respondió.

Se alejó caminando por la galería por la que habían llegado a la gran sala del trono.

El mayor, temeroso de quedarse solo allí, se apresuró a seguirle.

Una vez en el exterior, pusieron en marcha sus autocohetes emprendiendo el regreso a la Spy of Space 0001.

*

Se había originado una tormenta que provenía del desierto y que había levantado la arena enturbiando la visibilidad, pero ya había comenzado a amainar, desapareciendo tan rápidamente como se presentara.

—¡Ahí llegan! —advirtió el sargento Kioto, que se hallaba en la pasarela de guardia.

Las dos figuras, impulsadas por los autocohetes, deseen dieron rápidas sobre la pasarela de la nave.

—Han tardado mucho —observó el sargento Kioto.

—Nos ha entorpecido la visibilidad esa tormenta de arena —respondió el mayor Smash.

—¡Capitán, capitán, la doctora Give ha desaparecido! —explicó, rápido, el dolido profesor Donianov.

—¿Cómo, qué ha sucedido?

El teniente Servenoir detalló el descenso de la doctora al borde de la plataforma pétrea, la llegada de las hormigas voladoras y la posterior desaparición de la mujer.

—Estábamos esperando su regreso para decidir, capitán. Podíamos ser atacados de nuevo.

—Ha hecho bien, teniente. Ahora bajaré yo a ver si des cubro su rastro.

Sin perder más tiempo, descendió a la plataforma sobre la que se erguía altiva y arrogante la gran nave interestelar terrestre.

Halló los cadáveres de las dos hormigas aladas y las gafas especiales de la doctora, pero no encontró rastro alguno.

Accionando de nuevo el autocohete, regresó a la pasarela de la nave que se hallaba a muy considerable altura, total mente

inaccesible para aquellos seres que no pudieran volar.

—No hay ni rastro. La tormenta debe haber borrado las huellas.

—¿Qué haremos? —preguntó el sargento Kioto.

—No podemos abandonarla a su suerte —dijo nervioso el profesor Donianov.

El mayor Smash fue más sarcástico.

—¿Con que se los había ganado como amigos, eh, capitán? Mientras nos tomaban el pelo y usted les regalaba mi linterna, ellos estaban aquí raptando a Ia doctora y si no han destruido la nave es porque no han podido con sus armas primitivas.

—Lo que ha sucedido ha sido mientras estábamos con su rey.

—¿Han visto al rey de esos seres? —preguntó el profesor.

—Sí. Nos hemos comunicado con él y creo haberle con vencido de que somos amigos suyos.

—¿Amigos? Vamos, capitán, en cuanto puedan nos devorarán vivos.

—El mayor Smash está impresionado por los colmillos de esos seres, eminentemente carnívoros, y no se da cuenta de que es más primitivo que ellos —dijo Starman, con hiriente frialdad.

—¿Cómo, qué me ha dicho?

—Que tiene miedo de unos colmillos cuando nuestras armas son infinitamente superiores a esos colmillos.

—Si se ha hecho amigo de su rey, nos devolverán a la doctora Give, salvo que... que...

El profesor vaciló, sin atreverse a decir lo que pensaba.

—Esperemos que todavía no le haya ocurrido nada.

—No será fácil, pero la rescataremos si es que no le han hecho nada malo.

—Sí, creo que esos seres no le harán daño a Violet, es decir, no la matarán. En cierto modo, nos temen. Saben que sus rejas son insuficientes para detenernos y que podemos penetrar en su fortaleza y destruirles. No, no son tan imbéciles.

—Es lo primero sensato que le oigo, capitán: entrar allí y barrerlos como a ratas.

—Mayor, estoy asqueado ya de sus estupideces y de sus deseos de destrucción.

—¿No acaba de decir que si entramos allí...?

—Entraremos cuando sea oportuno. Es una suerte, dentro de todo, que la doctora se haya quedado sin visión. Así no tendrá miedo a seres que podrían inspirarle terror por su as pecto físico, pero que mentalmente no son mejores ni peores que nosotros.

—Físicamente son más fuertes —puntualizó el mayor Smash.

—Sí, porque están obligados a llevar una vida casi selvática. Deben luchar contra grandes monstruos que todavía subsisten en este

planeta. El que es débil muere, y ellos lo saben.

—¿Cuál es su plan, capitán? —preguntó el teniente Servenoir.

—Mi plan es ganarnos su total amistad y nos entregarán a Violet viva, sana y salva.

—Si es que todavía no están haciendo la digestión con ella. Para esos monstruos, Violet debe de ser un manjar exquisito, de carne suave.

—Mayor, no diga más barbaridades. Es usted repugnante.

—Repugnante, no, realista. Usted no quiere ver la verdad tal como es. ¿Cree que ha conquistado la voluntad de esos seres primitivos porque ha imaginado comunicarse con ellos y luego les ha regalado una linterna como debieron hacer nuestros ancestros cuando conquistaron África o América? Eso es infantil.

—Está bien, puede ser infantil, pero seguiremos adelante con mi plan. Esos seres serán amigos nuestros. No hemos venido a matar y a saquear. Cuando nuestras naves de explotación uranífera lleguen a Green Spirit, ellos colaborarán con nosotros y estarán satisfechos de nuestra amistad. Hasta se les pueden proporcionar los adelantos de nuestra civilización para que no tengan que vivir épocas de guerras en su lógica evolución como tuvimos que sufrirlas en nuestro planeta.

—Sí, capitán, y cuando sean fuertes, ellos nos atacarán a nosotros —grufló el mayor Smash, sólo partidario de la destrucción,

—Mi plan es destruir el nidal de las hormigas voladoras. Liberaremos así a estos seres de la plaga que les azota y a la cual rinden tributo de sangre.

—Ya le dije que está loco, capitán. Esa ciase de insectos se multiplica por millones.

—Supongo que su nidal es poderoso, pero no creo que se multipliquen por millones debido a su tamaño. Al parecer, la ley de descendencia se regula en este planeta lo mismo que en el nuestro. Cuanto más aptos son los seres para supervivir, menor es su descendencia. Esas hormigas de gran tamaño no pueden ser comidas por una simple gallina como ocurría con las hormigas terrestres. Aquí, ellas parecen ser las dueñas y señoras, sólo tienen como enemigos a los ciclo céfalos que incluso han enrejado sus agujeros de respiración con gruesos barrotes para que esas hormigas voladoras no entren a devorarlos. Por eso, viven dentro de una fortaleza pétrea e imagino que usan túneles bajo tierra. También les protege la espesura del bosque contra esas hormigas aladas que deben acosarlos.

—¿Y cómo va a destruir un nidal de hormigas gigantes voladoras? —preguntó el teniente Servenoir.

—Enviándoles unos misiles nucleares.

—Eso sería si pudiéramos localizar su nidal —objetó el profesor.

—Yo lo buscaré, y cuando lo halle, indicaré su posición. Usted,

teniente, dará las órdenes a la computadora para fijar el mensaje a los misiles nucleares.

—La idea me parece buena —admitió el profesor.

—A mi me parece absurda —gruñó el mayor—. Esos ni dales estarán repletos de hormigas y cuando se acerque, lo devorarán sin darle tiempo a nada.

—Yo iré con usted, capitán —se ofreció el sargento Kioto.

—No es necesario.

—Capitán, aquí en la nave con que se queden el teniente, el profesor y el mayor Smash, es más que suficiente. Sobrará gente y usted siempre puede precisar ayuda.

—De acuerdo, sargento. Véngase conmigo, pero que nadie más abandone la nave bajo ningún pretexto.

Antes de que nadie pudiera responder, escucharon unos fuertes golpes.

Debido a su enorme peso, la nave no se movió, pero toda su estructura vibró.

De inmediato, un rugido capaz de helar la sangre al más frío, llegó ensordecedor hasta ellos.

—¿Qué es esto? —inquirió el profesor Donianov.

—Posiblemente uno de los monstruos que habitan este planeta —indicó Starman, saliendo a la pasarela.

Un gigantesco reptil, de grandes y largas mandíbulas, capaces de contener a un buey entero, se hallaba rampando contra la nave mientras su enorme cola, en la que nacía la gran cresta que terminaba entre sus dos grandes ojos, barría el suelo.

—Ese monstruo parece que nos quiere como aperitivo —observó el sargento Kioto.

—Si empuja tanto, puede hacer perder la verticalidad a la nave y derribarla. En ese caso, estaríamos perdidos. Jamás podríamos regresar a nuestra civilización y mucho menos salvarla.

—Hay que matarlo. Tenemos medios para abatir a ese monstruo —masculló el mayor Smash.

—Levanten la pasarela. Ahí viene un grupo de esas hormigas aladas y podrían tratar de penetrar en la nave. Estaríamos perdidos si lo consiguieran.

La orden del capitán Starman fue obedecida.

Los miembros de la expedición se encerraron en el interior de la nave y desde el puente de mando observaron la escena de la llegada de las hormigas aladas con la cámara de teletrivisión.

La imagen del gigantesco reptil rugiendo y golpeando con sus enormes patas delanteras el fuselaje de la Spy of Space, fue lo primero que vieron.

La nave llegó a moverse cuando el grupo de hormigas aladas

arribó junto a ella, revoloteando a su alrededor.

El reptil rugió con más fuerza y se apartó de la nave para presentar batalla a aquel medio centenar de hormigas mientras su cola larga y gruesa, como un monstruoso látigo, iba de un lado a otro.

Por dos veces, el casco de la Spy of Space 0001 se movió ligeramente.

Las hormigas aladas descendieron en picado contra su enemigo.

Los hombres pudieron contemplar aquella lucha salvaje, feroz.

El gran reptil abatió a varias de sus atacantes, pero las hormigas se posaban sobre él con sus seis poderosas patas mientras cerraban sus tenazas en puntos vitales y hundían en su cuerpo los letales aguijones cargados con fórmico.

El reptil, viéndose perdido, intentó huir hacia la jungla, mas no consiguió salir de la explanada de los sacrificios.

Con ferocidad impresionante, las hormigas aladas terminaron dando muerte al reptil y ante los impresionados ojos de los terrestres, aquellos macroinsectos Io descuartizaron.

Cada uno de ellos se hizo con un gran pedazo de reptil y emprendió el vuelo.

—Sargento Kioto, éste es el momento oportuno.

—¿Para qué, capitán?

—Para seguirlas. Nos conducirán a su nidal.

—Van directos a un suicidio seguro —sentenció con sarcasmo el mayor Smash.

Todos volvieron sus miradas hacia la pantalla.

Las hormigas, olvidándose de las compañeras que yacían muertas y que no tardarían en ser pasto de otras fieras que surgirían de la jungla, continuaban descuartizando al reptil que poseía una piel muy gruesa, pero que las tenazas de las hormigas cortaban como si fuera mantequilla.

CAPITULO VII

La pasarela fue bajada.

Hut Starman se había colocado unos autocohetes bien car gados de combustible y el casco de protección. De su cuello colgaba un aparato de emisión de ondas, fácilmente detectable por los sensibles receptores de la nave, e iba armado con un potente fusil láser, además de la pistola de repuesto.

Sus ojos estaban protegidos por las gafas, aunque en su cinturón portaba una linterna.

—Capitán, creo que la última hormiga ya no puede ver nos —indicó el sargento Kioto, que iba tan pertrechado como su capitán.

Los dos hombres se elevaron en el aire por la fuerza de sus autocohetes.

Se alejaron de la nave sin perder de vista la última de las hormigas que, aun herida, había conseguido tomar un pedazo de la gruesa cola del reptil abatido para regresar a su nidal.

Les fue fácil seguir a la retrasada hormiga alada y no tuvieron inconvenientes en el vuelo.

—Capitán, se dirige hacia aquella abrupta montaña.

—Sí, sargento. Parece que ya estamos cerca del nido, vea que sobre la cumbre revolotean algunas hormigas.

—Si nos descubren, van a atacarnos furiosamente.

—Eso me temo, sargento, pero debo acercarme y dejar el emisor que llevo conmigo en un lugar apropiado. Cuando el teniente Servenoir dispare los misiles, éstos irán directos al emisor y entonces el impacto será certero.

—¿Y no bastaría con darle las coordenadas?

—No. sargento. Las coordenadas no serian suficiente, podrían fallar los disparos y poseemos escaso material. En este ataque a ese gigantesco nidal de insectos, jamás soñado por los hombres de nuestra civilización, nos jugamos mucho y no podemos fallar.

—Me temo, capitán, que como ha dicho el mayor Smash, eso será un suicidio.

—¿Tiene miedo de esas hormigas aladas, sargento?.

—De una, no; me las entendería bien con el láser, pero si nos atacan un montón, el problema será distinto.

Siguieron volando en dirección al nidal en el que se abrían varias entradas.

—Volemos bajo —indicó el capitán Starman.

—Nos verán lo mismo.

—Sí, sargento, pero es que quiero colocar el emisor en uno de los

agujeros que hay en la base. De ese modo, la destrucción del nidal será más completa.

Pese a los cascos, hasta ellos llegaba claramente el zumbido de las alas de los macroinsectos.

Dos hormigas guerreras se apartaron de Ia abrupta montaña al pie de la cual todo estaba árido, arrasado, y se dirigieron sin vacilaciones hacia sus visitantes.

—Capitán, esas dos vienen a darnos la recepción de bienvenida.

—Pues les presentaremos nuestras cartas credenciales, sargento.

—Y que lo diga, capitán. No pienso dejar que me conviertan en foie-gras para su reina.

Las intenciones de las dos hormigas guerreras no parecían muy buenas, y los dos hombres les apuntaron con sus respectivos rayos láser jalando los gatillos.

Las dos hormigas resultaron alcanzadas en la cabeza.

En medio de llamas, pues sus alas se incendiaron con rapidez, cayeron entre el follaje de la jungla desapareciendo en ella, aunque el humo de sus cuerpos ardientes apareció entre las miríadas de hojas que, formando un tupido techo, cubrían el suelo del planeta en aquel lugar.

—Hemos abatido a las dos primeras, sargento.

—Esperemos que continúe la suerte; lo malo es que nos ataquen en masa.

—Por nuestro tamaño quizá piensen que somos insignificantes y que con un par de guerreros es suficiente para atacarnos.

Llegaron al borde de la jungla, al pie de la abrupta y escarpada montaña sobre la cual volaban un par de centenares de hormigas que no parecían prestarles mucha atención.

—Sargento, será mejor que sigamos a pie. Nos haremos ver menos. Esas hormigas parecen tener unas antenas de gran sensibilidad con las que detectan a cualquier intruso, y les será más fácil captar a un par de intrusos voladores que a dos que avancen a pie entre las rocas.

—Cuidado, capitán. Ahí viene otra y en picado.

Starman tuvo tiempo de revolverse con el fusil por delante y disparar contra aquella masa alada que se le venía encima con las tenazas abiertas, dispuestas a apresarle.

El aguijón estaba a punto para ser extendido e inyectarle todo su veneno.

La hormiga se incendió como las anteriores, pero en su caída estuvo a punto de aplastar a Starman. El hombre tuvo que saltar y lo hizo a tiempo.

—Vamos, hay que esconderse bajo aquella roca.

El sargento le siguió cuando un grupo de casi una veintena de hormigas voló en círculo sobre la compañera muerta tratando de

comprender lo que allí había ocurrido.

—Parece que no nos han localizado, capitán.

—Que así sea por mucho rato. Ahora estarán un tanto desconcertadas.

Cinco de las hormigas descendieron para acercarse a su compañera carbonizada y ante el calor que despedía, decidieron retroceder.

Después, se alejaron hacia una de las entradas desapareciendo en el interior de la montaña.

—Sargento...

—Sí, capitán.

—¿Ve aquella boca que tenemos a la derecha?

—¿La que está más baja de altura?

—Correcto.

—¿Es la que ha elegido, capitán?

—Sí, sargento. Usted se quedará aquí cubriéndome.

—Capitán, no estará tan loco que piensa ir solo hacia esa boca, ¿verdad?

—Debo hacerlo. Entraré en ese agujero hasta donde pueda para dejar el emisor de ondas en su interior, ya que los misiles a disparar pueden torcer el rumbo en el aire en busca de su objetivo.

—¿Pretende que los misiles nucleares se internen en el nidal?

—Eso sería lo mejor, pero no tendremos tanta suerte. Lo que importa es que los misiles se introduzcan por esa abertura del nidal. Luego, al explotar, la onda térmica y expansiva se adentrará por los lugares más recónditos, destruyéndolo todo.

—Si no muere la reina y las huevadas, esas bestias volverán a salir algún día.

—Una bomba nuclear no dejará ni a uno de esos macroinsectos con vida.

El capitán Starman se disponía a salir del escondite que le estaba ofreciendo la roca cuando el sargento Kioto le cogió por el brazo tratando de retenerle.

—Capitán, será mejor que vaya yo en su lugar. Usted es más necesario en la nave.

—Sargento, todos somos indispensables, por eso formamos parte de la expedición y si voy hacia esa cueva del nidal no es para que me maten. Pienso regresar con vida, sólo le pido que me cubra por si algún insecto trata de atacarme por la espalda taponando la boca de la cueva cuando yo penetre.

Saltando por entre las rocas, buscando nuevas protecciones, Hut Starman se fue acercando a una de las muchas entradas que parecía tener el nidal.

Junto a ella, en gran cantidad, veíanse huesos que, por su forma,

sin duda alguna pertenecían a los ciclocéfalos.

Dedujo que aquélla era la salida para los detritus que, lógicamente, se producían en tan grande y bien organizada comunidad, pero si por allí extraían los desperdicios aquellas hormigas que exigían limpieza en su nidal, era lógico pensar que se comunicaría con las galerías principales, en especial donde se hallaba la reina y las huevadas.

Saltando entre los huesos, limpios de todo vestigio cárnico y algunos de ellos de tamaño muy considerable, Hut Starman consiguió llegar hasta la galería sin ser descubierto.

Penetraba en ella cuando aparecieron dos grandes hormigas con las alas mutiladas. Debían de estar en aquel lugar destinadas a la limpieza de detritus por no hallarse capacita das para volar.

No eran hormigas guerreras, eran de la ciase obrera y, al parecer, de un rango social más bajo.

Las dos hormigas movieron sus antenas delante de Hut Starman, localizándolo y tratando de identificarle.

Con el fusil láser. Starman les cercenó las antenas antes de que pudieran enviar mensajes de alarma el resto de la comunidad.

Después, perforó sus cabezas con el rayo de la muerte.

Pasó por entre los cadáveres de las dos hormigas.

Allí, la pestilencia era casi insoportable. Un hedor fétido, mezclado con el fuerte y picante olor del ácido fórmico.

Contuvo la respiración y siguió avanzando.

Cuando juzgó que comenzaba a verse demasiado pequeña la boca de la entrada, buscó un lugar idóneo para colocar el emisor que habría de constituirse en blanco para los misiles nucleares.

Lo halló en la pared, cerca del techo. Era un agujero que había quedado libre gracias a la caída de una piedra de una veintena de kilos.

Dejó el fusil en el suelo, apoyado contra la pared, para encaramarse mejor.

Tuvo la sensación de que se hallaba en peligro inminente. Fue una idea que cruzó rápida por su mente, como un relámpago.

Antes de girarse, el emisor cayó dentro del hueco dejado por la piedra que había allí originalmente.

De pronto, se encontró frente a la cabeza de uno de aquellos terribles macroinsectos.

Sus tenazas se cerraron mortíferamente, pero tuvo unas décimas de segundo para saltar junto a la pared y escapar, dejando que las tenazas sólo apresaran el vacío.

El fusil había quedado lejos de su alcance y tuvo el tiempo justo para desenfundar su pistola.

Cuando ya iba a recibir una nueva embestida del insecto, le

disparó justo sobre el aguijón.

La hormiga se tambaleó mientras su cabeza se carbonizaba, herida de muerte.

Starman no dio por perdido su fusil láser. Sabía que escapar del nido resultaría difícil y necesitaría el fusil que disparaba un chorro lumínico tres veces más grueso que la pistola, aun siendo ésta potente.

Consiguió salir sin más de la galería, apareciendo entre las osamentas que constituían los detritus del gigantesco nidal.

Al correr hacia donde le aguardaba el sargento, un grupo de hormigas voló por encima de su cabeza. Era un grupo numeroso que oscureció su vista.

Las grandes tenazas se abrieron en el aire mientras los zumbidos le hacían vibrar hasta los huesos. El aire que producían las veloces alas lo zarandearon de tal forma que rodó por el suelo.

CAPITULO VIII

El sargento Kioto se apartó de la roca, jalando el gatillo de su fusil láser.

Tres de las hormigas fueron abatidas por el rayo letal.

Desde el suelo, Starman disparó sobre las que se le echaban encima, carbonizándolas inmediatamente.

Pulsó el botón de los autocohetes y se elevó en el aire mientras disparaba nuevamente contra otras hormigas del grupo, secundado por el sargento.

—¡Sargento, vámonos de aquí a toda prisa!

Kioto también se elevó tras terminar con la última de las hormigas atacantes.

—Volaremos a ras de las hojas de la jungla, sargento.

—Es inútil, capitán, nos siguen.

—Pues veremos quién tiene más velocidad, si nosotros con nuestros autocohetes o ellas con sus alas.

—¿Regresamos a Ia nave?

—No, nos dirigiremos a la fortaleza de los ciclocéfalos. Sígame, sargento.

Aceleraron los autocohetes cuando eran seguidos por una docena de hormigas que ya debían haberlos identificado como enemigos peligrosos, ya que muchas de sus compañeras habían muerto en la lucha.

Consiguieron mantener la distancia con sus perseguidoras, y mientras volaban hacia Ia fortaleza de los habitantes de aquel extraño planeta que Violet Give había nominado como Green Spirit, Starman se puso en contacto con Ia Spy of Space 0001.

—¡Teniente Servenoir, teniente Servenoir! ¿Pueden oírme?

—Sí, capitán, estoy a Ia escucha. Se le oye con claridad.

—Bien. El sargento y yo estamos en situación difícil.

—¿Precisa ayuda, capitán?

—No, por el momento. Nos dirigimos a la fortaleza de los ciclocéfalos.

—Entendido, capitán. ¿Han colocado ya el emisor en el nidal?

—Sí.

—¿Disparamos los misiles?

—Todavía no, teniente. Hágalo cuando se lo indique. Si el emisor no falla o uno de esos insectos gigantes no lo destruye, los misiles darán en la diana.

—Bien, capitán. El emisor ya está emitiendo señales: si fuera destruido lo advertiríamos.

—De acuerdo. Aguarden hasta nueva señal.

—Correcto, capitán. Cambio y corto.

—¿Cuándo piensa pulverizar el nidal, capitán?' —preguntó el sargento Kioto, sin perder de vista al grupo de hormigas que les perseguían.

—Buscaremos un momento oportuno, sargento. No olvide que vamos a aniquilar ese horrible nidal para favorecer e impresionar a los seres inteligentes que habitan este planeta.

La fortaleza no tardó en perfilarse frente a ellos. Con las gafas de conversión divisaron su mole granítica perfectamente.

—Eso sí es una fortaleza, capitán.

—Fíjese en cómo está construida.

—Sí, ya veo, supongo que para evitar que esas malditas hormigas penetren en ella y también impedir el ataque de los otros monstruos gigantes que pululan por esta enmarañada jungla.

Junto a la entrada principal había varios ciclocéfalos con sus primitivas armas de hierro que observaron con terror a las hormigas que volaban en pos de los terrestres.

Gritando, corrieron hacia el interior de la ciudadela.

Starman y el sargento tomaron contacto con el suelo junto a la entrada principal donde los barrotes seguían cortados por la acción del propio Starman en su primera visita a la fortaleza.

—Esos seres estarán asustados temiendo que las hormigas consigan introducirse en la fortaleza.

—Han formado un frente de defensa —observó el sargento, viendo a los ciclocéfalos que taponaban Ia puerta con sus cuerpos, manteniendo delante sus largas y agudas lanzas de hierro.

—Les ayudaremos.

Colocados delante de los ciclocéfalos, dándoles la espalda y exponiéndose a recibir un lanzazo. Starman y el sargento hicieron frente con sus láseres a las hormigas gigantes.

Para los ciclocéfalos, aquellas hormigas, cuando atacaban en grupo eran prácticamente invencibles, pero los chorros del láser comenzaron a carbonizarlas antes de que lograran llegar a la fortaleza pétrea.

Los primeros macroinsectos alados cayeron pesadamente en medio de llamas.

Impresionados y aturdidos, los seres inteligentes del Green Spirit contemplaron cómo, una a una, las grandes hormigas eran abatidas hasta que la última murió.

—Creo que les hemos proporcionado un espectáculo que jamás olvidarán.

Starman se volvió hacia los ciclocéfalos que se hallaban en la entrada.

—Vamos adentro, sargento.
—¿Nos dejarán pasar esos seres?
—No tema, se apartarán ante nosotros.
Al avanzar Starman hacia la puerta, los ciclocéfalos se hicieron a un lado inclinando sus cabezas.
—Nos toman por seres superiores.
—No es lo que pretendo. Vamos adentro. Debemos asegurarnos de que han sido ellos quienes han raptado a la doctora Violet y no otra clase de criaturas que habiten en este tenebroso planeta.
Se internaron en la fortaleza sin el menor tropiezo hasta conseguir llegar a la gran sala del trono.
En el trono se hallaba el rey de los ciclocéfalos y tras él sus consejeros, pero' lo que atrajo su máxima atención no fue el rey sino lo que había cerca de él.
—¡Mire, capitán, es la doctora!
Alrededor de un pedestal marmoleo y cilíndrico, de nueve o diez pies de altura, se enroscaban dos serpientes gruesas como el brazo del propio Starman.
Eran muy largas y de piel salpicada en vivos colores. Sus cabezas casi aparecían en lo alto de la columna que semejaban vigilar.
En lo alto del pilar había una jaula circular, de unos dos pies de diámetro por siete de alto, construida con finas varas de hierro verticales.
Dentro de la jaula no se podía tender una persona ni apenas estar sentada, era un lugar para estar obligadamente de pie y en ella se hallaba encerrada Violet Give.
Violet había sido despojada de todas sus ropas y vestida nuevamente con collares de oro en los que se engarzaban diamantes, rubíes y esmeraldas.
—¡Violet, estamos aquí!
—¡Hut! —llamó angustiada, cogiéndose a las barras de hierro que la encerraban.
—No lleva gafas —advirtió el sargento Kioto—, no debe de ver nada.
Pese a la situación, Hut Starman no pudo dejar de pensar que Violet Give, vestida con toda aquella pedrería como una sacerdotisa, con el cabello azabache cayéndole suelto por hombros y espalda, estaba furiosamente hermosa.
—No temas, Violet. Venimos a sacarte de aquí, nada te sucederá, ten calma.
—Capitán, ¿enciendo una linterna para que nos vea?
—Sí, hágalo antes de que nos comuniquemos con el rey.
La linterna del sargento Kioto iluminó a su capitán.
De esta forma, la joven, desde su encierro y custodiada por los

grandes ofidios, pudo verle.

—Capitán, entre los dos podemos sacarla de ahí.

—Ya lo sé, pero sería la guerra contra esos seres. Es preferible entablar diálogo y ya veo que ellos desean lo mismo. Ese ciclocéfalo que brinca es el médium.

—¿El intérprete?

—Eso es, el intérprete para el difícil lenguaje de la telepatía.

El médium quedó al fin casi postrado a los pies del capitán Starman. Había entrado en éxtasis, su sensibilidad se ha liaba agudizada al máximo.

—¿Cuándo empezarán a hablar? —inquirió nervioso el sargento Kioto.

Starman repuso:

—Ya han comenzado a hablar y, al parecer, para ellos no es nada malo haber raptado a la doctora.

—¡Ah, no! ¿Y cómo le llaman ellos al rapto?

—Eso tendrán que explicárnoslo ahora, sargento.

El rey de los ciclocéfalos habló en su ininteligible idioma palabras que el médium transformó en su mente para enviar las como mensaje telepático.

—No, no podéis quedaros con ella. Es una hembra de nuestra especie, donde las hembras tienen el mismo valor y derechos que los machos.

—¿Qué le están diciendo, capitán? ¿Acaso quieren quedar se con ella?

—Eso parece.

—No nos va a quedar otro remedio que rescatarla por la fuerza.

—Tranquilo, sargento. El diálogo no ha llegado a su fin.

—¡Hut, no dejes que me quede aquí, te lo suplico!

—Descuida, Violet, te sacaré de ahí dentro.

De nuevo, el rey habló a su médium para que transmitiera a su vez telepáticamente.

—Es un honor que Ia consideréis como diosa vuestra, pe ro para nosotros sólo existe un Dios y nadie de carne y hueso merece tal privilegio.

—¡Diablos! —exclamó el sargento—. Sería la primera diosa enjaulada que conociera.

—Sí, una diosa que ellos temen se vaya volando.

—¿Qué le preguntan ahora, capitán?

—No preguntan. Dicen que la cuidarán como lo más pre ciado que hayan podido tener jamás.

—Tendrá que sacarles de la cabeza semejante monstruosidad. No me extrañaría que estuvieran pensando en disecarla y todo en el supuesto día de su muerte.

—Por lo visto, les hemos impresionado.

—Menos impresionarles y que suelten a la doctora, capitán. Si me deja, la saco de ahí dentro y mantendremos a los demás a raya.

—No sería difícil hacerlo, sargento, pero prefiero dialogar con ellos. Deseo su amistad.

—No pensará hacer un trato con ellos a costa de la do tora Give, ¿verdad?

—Sargento, creí que me conocía mejor.

—Disculpe, capitán, pero yo no me fiaría excesivamente de ellos.

El médium, de nuevo concentrado a los pies del capitán, tradujo en imágenes lo que le acababa de decir su rey.

—No somos dioses, somos mortales, aunque sí poderosos y queremos ser vuestros amigos. Por eso hemos ido a luchar contra el pueblo de las hormigas gigantes voladoras.

El sargento Kioto intentó descifrar los gruñidos de los ciclocéfalos, mas ni por sus tonos le fue posible entenderlos.

—El pueblo de las hormigas no es invencible. Ya hemos estado en él y hemos luchado contra ellas. Sin embargo, es tamos vivos aquí, frente a vosotros.

—¿Qué le dicen ahora, capitán?

—Al parecer, no acaban de creerse que hayamos estado en el nidal de las hormigas gigantes.

—¿Es que no les basta con las que hemos dejado muertas afuera?

—Precisan de algo más contundente.

—Podemos dárselo. ¿No es cierto, capitán?

—Sí, pero primero sacaremos a Violet de su encierro.

—¿Se ha decidido a atacarles?

—Nosotros destruiremos el nidal, el pueblo de vuestros enemigos.

Cuando el paranormal tradujo las palabras y el pensamiento del capitán Starman, el sargento, ante el nerviosismo del rey que se había puesto en pie, preguntó:

—¿Qué le sucede ahora?

—Dice que nadie puede destruir el pueblo de las hormigas aladas.

—¿Y qué le va a responder?

—Si conocéis algún lugar desde el que se pueda contemplar el pueblo de las hormigas, pero que esté muy distante para evitar peligros, os demostraré que podemos aniquilar a vuestros enemigos como destruyo a esas dos serpientes que custodian a una hembra de mi pueblo.

Hut Starman jaló el gatillo de su fusil láser y las cabezas de las dos gruesas y coloreadas serpientes se carbonizaron.

Sus cuerpos resbalaron por el pedestal marmóreo hasta quedar al pie del mismo, todavía enroscadas, pero sin vida.

—Ahora, bajadla de ahí.

El rey, puesto en pie, miró a sus soldados y dio órdenes en una actitud que parecía terminante.

Los ciclocéfalos se acercaron al pedestal. Varios de ellos, a cada lado de la jaula, doblaron sus espaldas y otros subieron sobre ellas para poder alcanzar la jaula en la que se hallaba Violet, convertida en diosa de aquel desconocido pueblo nacido en el planeta tenebroso y que ella misma había bautizado como Green Spirit.

El sargento Kioto iluminó la jaula con su linterna y ahora más cerca, Starman pudo constatar que Violet estaba terrible mente hermosa.

Era muy distinto contemplarla con el cabello azabache suelto, con aquellos collares de oro y piedras preciosas que la vestían a mirarla como a una erudita doctora en el estudio científico del uranio.

—No temas, Violet, pronto saldrás de ahí dentro.

—Capitán, ¿es que no vamos a sacarla ahora?

—Cuidado, sargento. Temen a nuestro rayo de la muerte, pero estamos dentro de su fortaleza. Veamos primero lo que dice el rey a través de su médium.

—¡Hut, sácame de aquí! —pidió Violet, nerviosa.

El rey habló a su médium y Starman captó:

—Dicen que soltarán a su diosa cuando vean con sus propios ojos ese gran poder del que alardeamos y con el que pretenderemos exterminar al pueblo de sus enemigos.

—Capitán, eso es jugársela a cara o cruz.

—No tema, sargento. Si los misiles fallaran porque una de esas malditas hormigas hubiera destruido el emisor, lucha riamos por la doctora para sacarla de esa jaula.

Gracias a la linterna del sargento, Violet vio asustada cómo varios de aquellos primitivos ciclocéfalos cogían la jaula entre sus manos y manteniendo su verticalidad, comenzaron a caminar.

El rey se puso delante de la jaula. Tras él se colocaron sus consejeros y el médium que ya se había recuperado de su trance.

—Vamos, sargento. Será mejor que no nos apartemos de la jaula por si hay que rescatarla con nuestros fusiles.

Por un intrincado sistema de túneles, caminaron bajo la jungla. La marcha se hizo larga, monótona.

Starman observó en voz baja:

—Además de su ojo, estos seres deben de tener algún otro sistema de orientación.

—Sí, eso opino yo, porque si no fuera por la linterna, iríamos dando tumbos contra las paredes. En cambio, ellos caminan tranquilamente.

Violet se había vuelto de cara hacia sus compañeros. Sacó una mano por entre los barrotes y Starman, alargando su diestra, se la

estrechó infundiéndole confianza.

—No temas, Violet. Son seres algo infantiles en sus decisiones. Eres una verdadera diosa para ellos y ya te adoran tanto que se dejarían matar por ti.

—No deben de adorarme tanto cuando me encierran en esta jaula.

—Si fueras mía, creo que también te vestiría de joyas y te encerraría en una jaula para que no te escaparas.

—¡Hut! —exclamó, escandalizada—. Ignoraba que fueras tan primitivo.

—Todos los hombres somos un poco primitivos, por más adelantada que sea la civilización que nos haya amamantado, si tenemos delante a una mujer tan hermosa como tú.

—No conocía esa faceta tuya, Hut.

—Creo que si salimos con bien de este planeta y nuestra civilización encuentra aquí lo que desea, me casaré contigo.

—No me digas. ¿También me cogerás por el cabello y me arrastrarás hasta tu casa?

El sargento Kioto, olvidando por unos momentos el peli gro que corrían, miró a su capitán sonriente. Era testigo de una extraña declaración de amor.

—Supongo que las leyes de nuestra civilización no me lo permitirán.

—¿Crees que voy a casarme con un hombre tan bruto que está deseando arrastrarme por los cabellos?

En aquellos instantes, emergieron a la superficie abandonando la galería subterránea por la que habían avanzado kilómetros, unos corredores que los ciclocéfalos utilizaban para escapar de sus tenaces y mortales enemigos las hormigas aladas.

Contra los otros animales, por grandes que fueran, podían luchar, aunque sufrieran pérdidas de vidas. Era un tributo que debían pagar, pero la lucha contra las hormigas era distinta. Ellas y los ciclocéfalos parecían ser las dos únicas comunidades organizadas allí existentes.

Aparecieron en lo alto de una colina sobre la que había una explanada también granítica. Desde ella, muy a lo lejos, podía contemplarse la montaña en la que se ubicaba el nidal de los macroinsectos.

Todas las miradas convergieron en el nidal.

La jaula en la que se hallaba Violet fue depositada en el suelo. Ella era la única que no podía ver el nidal, ya que hasta él no alargaba la luz de la linterna, y no portaba gafas convertidoras.

—Capitán, ¿cree que estaremos lo suficientemente lejos para no salir dañados con las explosiones nucleares?

—No tema, sargento. Aquí estaremos como a treinta millas. De no ser muy particular esa montaña, no la veríamos, claro que sí

notaremos el calor de la onda térmica, cosa que impresionará más a estos seres.

El rey se, acercó a Starman y le señaló el nidal con su mano.

—¡Atención, atención, teniente Servenoir, atención! —llamó Starman.

—Aquí el teniente Servenoir, aquí el teniente Servenoir. Le escuchamos claramente, capitán. Estábamos inquietos por la falta de noticias.

—Por aquí todo va bien, teniente. ¿Tiene preparados los misiles nucleares?

—Sí, capitán. Están dispuestos para ser lanzados cuando usted lo ordene.

—¿Reciben bien la señal del emisor que dirigirá la trayectoria de los misiles?

—Perfectamente, capitán. Si el emisor está bien colocado, los misiles nucleares darán en el blanco.

—Eso esperamos todos, teniente.

—Aguarde, capitán. El profesor quiere hablarle.

—Dígale que no se inquiete por la doctora Give. Está aquí con nosotros.

—¡Gracias al cielo! —exclamó emocionada la voz del profesor Donianov. En tono de pregunta agregó—: Supongo que estarán a prudente distancia del blanco, ¿verdad?

—Espero que sí, profesor. Ahora, dígale al teniente Servenoir que pulse el botón rojo de disparo cuando yo dé la orden.

Todas las miradas de los ciclocéfalos permanecían fijas en los terrestres. Estaban atentos para comprobar si su poder era real o simple jactancia.

—Date prisa, Hut. ¿Es que acaso no tienes deseos de que me saquen de esta jaula?

—Sí. Violet, pero también quiero ganar aquí amigos para cuando vengan a explotar los yacimientos de uranio. Siempre es mejor tener amigos que enemigos.

El capitán Starman alzó su brazo hasta apuntar con él al cielo. Después, a través de su telecomunicador, ordenó:

—¡Teniente, dispare!

—¡Disparado, capitán!

Los ojos de los ciclocéfalos miraron el brazo de Starman que descendió lentamente.

Cuando llegó abajo, los misiles cruzaron por el aire como puntos luminosos e hicieron impacto en el gran nidal.

La explosión fue horrísona. Los ciclocéfalos gritaron asustados, retrocediendo.

La montaña que albergaba el nido de las hormigas gigantes

reventó y se desmoronó mientras sobre ella crecía el fatídico hongo atómico, allí totalmente limpio de radiactividad.

La ola de calor les hizo retroceder aún más, pero su rey aguantó como lo hicieron el sargento, el capitán Starman y la propia Violet dentro de la jaula.

La ola térmica fue descendiendo de intensidad y el hongo, apagándose. Todos quedaron asombrados al ver que la montaña había desaparecido y con ella, el pueblo de las insaciables y poderosas hormigas aladas.

El rey de los ciclocéfalos se volvió hacia ellos y se arrodilló, inclinando la cabeza.

Starman lo levantó, abrazándole y estrechándole después Ia mano.

Aunque aquel ser extraño y primitivo no conocía aquel tipo de saludo, debió comprenderlo. El mismo se dirigió a la jaula de Violet, y cogiendo los barrotes de hierro con sus manos, los separó, formando un hueco por el que salió la mujer.

—¡Hut, qué miedo he pasado!

—Ya terminó todo, cariño.

—¡Gracias a Dios!

—Sargento, nos vamos.

Ante los ojos asombrados de los ciclocéfalos, Starman cogió a Violet entre sus brazos y poniendo en marcha los autocohetes, se elevó en el aire, alejándose de aquel lugar rápidamente.

EPILOGO

—¡Fabuloso, fabuloso! ¡Es de una riqueza uranífera prácticamente inagotable y de fácil extracción, ya que está al aire libre! —observó jubiloso el profesor Donianov.

—Es curioso que este planeta mantenga su temperatura gracias a que su núcleo es más grande que el terrestre. Así, compensa Ia escasa luz y calor de su estrella —dijo el sargento Kioto.

—Ahí abajo están Los ciclocéfalos. capitán —indicó el teniente Servenoir.

Desde Ia pasarela, Violet Give observó:

—Están llenando Ia base del cohete con flores y frutas.

—Aguardaremos a que se alejen antes de poner los moto res en marcha. Creo que dejamos aquí grandes amigos que esperarán con ansia nuestro regreso.

El mayor Smash gruñó:

—Yo nunca me fiaría de ellos.

El profesor Donianov observó, irónico:

—Creo que debe admitir que ha perdido, mayor. Quien ha hecho las cosas bien aquí ha sido el capitán Starman y así lo aclararé ante el Consejo Mundial.

El mayor Smash se encogió de hombros, dirigiéndose a su butaca anatómica.

Poco tiempo más tarde, la Spy of Space 0001, puso en ignición sus motores.

Venció la gravedad del planeta verde hasta conseguir ponerse en órbita. Luego salió de ésta, iniciando el gran impulso que les llevaría a viajar a cien mil millas por segundo, por el espacio sideral, sin trabas que la frenaran.

La nave tembló como cuando se alejaban de la Luna, pe ro en aquella ocasión no temieron; sabían que en manos del capitán Starman estaban seguros.

La velocidad fue conseguida y se dirigieron a las cabinas de hibernación.

La computadora les conduciría hasta la mismísima Luna.

El profesor, el sargento, el teniente y el mayor, se coloca ron en sus respectivos hábitats, cerrando las compuertas de plástico transparente.

Antes de separarse, Violet y Hut Starman se despidieron con un largo y ardiente beso, mientras la Spy of Space navegaba por el espacio a una velocidad jamás alcanzada anterior mente por ninguna nave terrícola, llevando un mensaje de salvación y esperanza para el

planeta Tierra.

FIN